

EN LOS DOMINIOS DE CREON

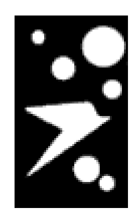
A. Thorkent

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

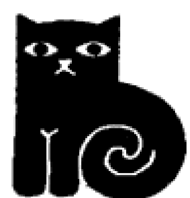
EN LOS DOMINIOS DE CREON

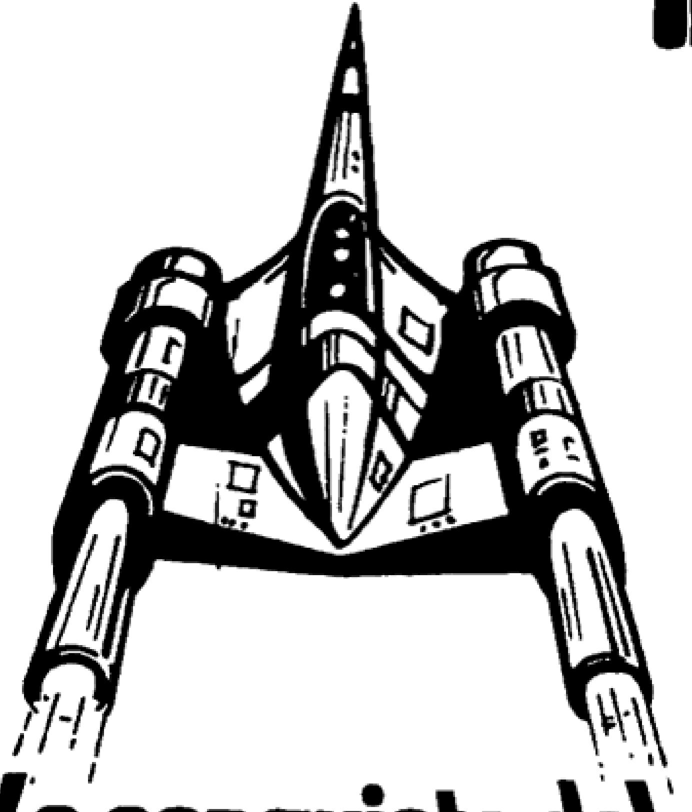
A. THORKENT



Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO nº 618
Publicación semanal

ISBN 8402025250
Depósito legal: B. 15.473-1982
Impreso en España - Printed in Spain
1ª edición: junio, 1982
1ª edición en América: diciembre, 1982





La conquista del ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

—PENSAMOS que el proyecto debió haber sido puesto en marcha hace tiempo, pero surgieron dificultades y fue demorado. En realidad había muchas lagunas en los informes y no quisimos cometer errores, entre otras cosas. —Leser, el conocido y célebre Leser, suspiró y añadió—: Ahora, al fin, podemos llevar a la práctica nuestros viejos planes.

Se volvió hacia su oyente, que sentada frente a él le escuchaba con atención. Era una mujer, joven y muy hermosa, morena, de cabellos oscuros como la noche atados a la nuca y tan largos que le llegaban hasta la cintura. Su nombre era Zabala y durante muchos años fue discípula de Leser, de quien había aprendido todo lo que sabía el anciano. En aquel duro mundo, hostil, una mujer difícilmente podía sobresalir. Pero Zabala lo consiguió y gracias a su erudición obtuvo el respeto de los consejeros de Koremi el Grande.

Zabala asintió y esperó en silencio. Estaba segura de saber para qué la había requerido Leser, pero de ningún modo quería interrumpir al encorvado viejo, de dulce mirada y ojos tristes.

—Hoy podemos decir, con suerte, que todo está preparado, Zabala. Y la espera ha merecido la pena. Las dificultades han sido superadas y ya disponemos de grandes cantidades de alcohol. Resultó ser un proceso muy laborioso, hasta que logramos sustituir el hidrógeno por un oxidrilo de hidrocarburo, teniendo en cuenta la escasez de nuestros recursos. Así, tenemos medios para que el largo viaje se haga enseguida. El factor tiempo es muy importante.

—Lo sé, Maestro —dijo Zabala.

Leser sonrió. Que le llamaran Maestro aún seguía produciéndole cierta hilaridad. Era un título que él no se había adjudicado, sino que nació espontáneamente en sus discípulos. Parecía al principio algo honorífico, pero al llegar a oídos de Koremi, éste se apresuró a dotarlo de legalidad y hacerlo oficial, refrendándolo con su autoridad.

Leser siguió:

—Cuando encontramos aquellos vehículos, de los que pudimos reparar tres y adaptar sus motores al consumo de alcohol, decidimos modificar un tanto nuestros planes. Previamente, la expedición iba a llevarse a cabo con carretas y caballos y un buen número de soldados de escolta. Pero ahora, para aprovechar al máximo la rapidez en la marcha, el número de las personas que la integre será más reducido. Tenemos entendido que al otro lado de las montañas las carreteras se conservan

en aceptable estado. Por lo tanto, al punto de destino puede llegarse fácilmente.

Mientras escuchaba con atención, Zabala pensó que el Maestro Leser podía tener unos cincuenta años, pero parecía más viejo. Había trabajado mucho, permanecido largas horas leyendo libros, traduciendo otros y redactando memorias, extrayendo de todo cuanto llegaba a sus manos lo más provechoso para la ciudad y sus contornos, una nación que crecía vertiginosamente y ganaba en extensión y ciudadanos.

La mujer descubrió en los cansados ojos del Maestro una luz de esperanza, como no la había visto desde hacía mucho tiempo. Estaba entusiasmado con la expedición que nunca dejó de preparar desde hacía años y en la que siempre creyó que iría. Pero los años y los achaques le convencieron de que sólo sería un estorbo.

La labor en la ciudad del Maestro fue intensa, sin descanso. Gracias a él se habían puesto en funcionamiento fábricas básicas, reparados los caminos y el agua brotaba de docenas de fuentes, procedente de los manantiales de la sierra.

Y si Leser hubiera insistido en ir en la expedición, el mismo Koremi lo habría impedido. El también anciano guerrero no deseaba que su amigo se alejase mucho de la flamante capital del nuevo estado, porque lo necesitaba a su lado y también porque el viaje iba a encerrar serios peligros al tener que enfrentarse a regiones desconocidas, repletas de hostilidades.

—Según los libros de historia y viejos periódicos que hemos conseguido rescatar durante estos años —decía Leser—, toda la región que debéis recorrer está libre de radiaciones, puesto que la Guerra, esa guerra olvidada por todos, se desarrolló principalmente en América y Asia. Ambos continentes quedaron completamente arrasados y nos tememos que aún sigan prohibidos para el hombre. Algún día dispondremos de barcos que nos llevarán al otro lado del océano y lo averiguaremos. África está sumida en la barbarie, aún peor que Europa y por el momento nada importante y de interés nos reclama allí. La riqueza que podemos rescatar está en estas tierras, en este continente. En la vieja Rumania y la lejana Rusia han de quedar grandes reservas de petróleo que en un futuro próximo podríamos explotar —sonrió—. Lo siento; me estoy adelantando a los acontecimientos.

El anciano sacó de un estante un viejo mapa del continente y lo extendió sobre la mesa. La mujer se levantó y se acercó al Maestro, que señaló un lugar cercano al Rin. Dijo:

—Cerca de este río, según mis estudios, existe un gran depósito de material de los antiguos ejércitos aliados. Presumo que no llegó a utilizarse porque los mandos que debían hacerse cargo de ellos perecieron en los primeros bombardeos; nada de proyectiles atómicos, sino convencionales. Es posible que exista algún rastro radiactivo, pero

será escaso y habrá desaparecido durante estos años.

—Contamos con contadores Geiger, Maestro.

—Sí. De los dos de que disponemos podéis llevar uno, mas no son seguros debido a su vejez y podrían fallar. Confío más en los celuloides vírgenes, de los cuales dispondréis bastantes. Sabéis utilizarlos.

»Por esas zonas encontraréis muchas de las viejas instalaciones y complejos industriales, quizás en estado recuperable pese a la invasión de fugitivos asiáticos que se produjo tras la primera calma, antes de consumarse el Desastre. Esa gente fue aniquilada posteriormente por los nativos. El salvajismo, de todas formas, impera allí y la hostilidad que encontraréis será muy grande.

Zabala sonrió.

—Eso lo imagino. No nos cogerá de sorpresa.

Leser suspiró. Su avejentado rostro se tornó serio cuando hizo entrega a la muchacha, su antigua discípula, de un portafolios de piel.

—Contiene todos los datos que precisarás. Son los últimos documentos conseguidos en mejor estado. Verás que en algunos he hecho anotaciones al margen. ¿Debo repetirte lo importantes que son? Si se pierden, muchos años de trabajo se habrán esfumado.

Ella tomó la carpeta y dijo:

—Lo sé. Haré todo lo que esté en mi mano.

—Confío en ti. Ahora debes ir al despacho de Koremi; te está aguardando.

* * *

Koremi el Grande levantó la cabeza de los documentos cuando Zabala entró en su estancia privada. Ella se alegró de no encontrar ningún ayudante del jefe. Lo admiraba y se sentía segura a su lado. El hombre se enderezó al verla y sonrió, enmarcando la sonrisa con abundantes arrugas. La cicatriz de la mejilla se puso más roja.

—Señor… —dijo ella inclinando la cabeza.

—Vamos, Zabala, olvídate del protocolo estando solos. Siéntate. ¿Has hablado con el Maestro Leser?

—Sí —blandió la carpeta—. Todo está dispuesto para partir mañana al amanecer.

El hombre se restregó las manos y por un momento vaciló, como si no encontrase las palabras apropiadas.

—Deseaba verte porque tengo que pedirte algo… Se trata de una cuestión que ni siquiera Leser sabe. Es muy viejo y no he querido preocuparle más, su corazón y… Bueno, no está bien de salud.

Zabala sintió un gusto amargo en la boca. Koremi se refería a Leser

como si de un viejo tullido se tratase, cuando no era mucho mayor que él. Las heridas de guerra y los problemas de la comunidad también habían agotado al que fue vigoroso jefe, quien aglutinó a su alrededor tribus y grupos dispersos hasta formar con ellos una incipiente nación, que tras treinta años de luchas se había hecho respetar por las agrupaciones vecinas, y fortalecido la paz desde las grandes montañas hasta el sur. El viejo león no parecía resignado a claudicar y se resistía a abandonar el poder.

—Estamos en peligro, Zabala —resopló Koremi—. La costa occidental nos teme y sus tribus están organizando una flota. Creen que si dejan pasar más tiempo serán ellos los invadidos. Mis espías aseguran que pueden atacarnos en cualquier momento.

—Ignoraba eso, señor —admitió Zabala un poco molesta por no haber sido informada—. He estado mucho tiempo fuera de la capital, al parecer.

—Apenas una docena de personas conoce el peligro. Nuestro enemigo del norte puede colocar un ejército muy poderoso en nuestras playas y nosotros aún no nos hemos repuesto de la guerra que sostuvimos hace dos años con los rebeldes de los valles. De todas formas, he reforzado las guarniciones en peligro, pero de manera que nadie se ha percatado de nada y de mis generales muy pocos están al tanto de la realidad.

—¿Acaso está pensando en suspender la expedición? —preguntó la muchacha, llena de alarma.

—Todo lo contrario. Necesitamos avituallarnos lo antes posible. Si los estudios de Leser con esos viejos informes son ciertos y los depósitos existen, podemos encontrar algunas armas, alimentos y otras cosas que nos permitirían alimentar a la población hasta que maduren las cosechas. Un pueblo sin hambre es mejor luchador y podríamos resistir y hasta rechazar la invasión.

»Por lo tanto, detrás de vuestra expedición mecanizada marchará un regimiento de caballería que seguirá los rastros que dejéis. Calculo que para cuando lleguéis esas fuerzas estarán a unos dos o tres días de vosotros. Si descubrís los depósitos y allí hay algo que merezca la pena, os ayudarán a trasladar a esta ciudad las mercancías. Y ojalá lleguen a tiempo.

Zabala asintió lentamente. Las palabras de Koremi echaban sobre su espalda una nueva responsabilidad. Las tribus del norte, asentadas en las costas occidentales, siempre habían sido díscolas y frecuentemente saquearon las aldeas pesqueras, sobre todo antes de que Koremi las protegiera. Después no se atrevieron a llevar a cabo tantas incursiones, pero siempre fueron una amenaza.

—¿Tanto se han organizado esos bárbaros, señor?

—El miedo los ha unido, Zabala. Tú subirás con tus compañeros por el este, dejándolos muy atrás, a bastantes kilómetros. Ellos nunca se han sentido atraídos por esas zonas, que temen supersticiosamente. Así, no os enfrentaréis a más peligros que los que os surjan en la ruta fijada por Leser —frunció el ceño—. Y me temo serán bastantes.

—No os defraudaré, señor.

Koremi se levantó.

—Entonces te deseo suerte. Vuelve, aunque lo hagas con las manos vacías.

—Si encontramos algo que pueda servir a nuestro país, a nuestros hermanos, lo traeré.

El Jefe estrechó la mano pequeña pero fuerte de la muchacha y sonrió. Zabala salió de la estancia y cuando estuvo en el pasillo escuchó las toses roncas de quien fue apodado El Grande. Meneó la cabeza con pesar, presintiendo que pronto el Consejo de la ciudad tendría que elegir un nuevo Jefe, el sucesor para Koremi.

Pasó ante la guardia armada con rifles apostada enfrente de la puerta. Fue saludada como requería su grado. Ella respondió y luego empezó a bajar rápidamente los grandes escalones de mármol, muy gastados y un poco resbaladizos.

Abajo la esperaba Kolwar, quien al verla sonrió ampliamente, mostrando una dentadura fuerte y de dientes grandes. A su vez, Zabala también se mostró risueña y no dudó, pese a la presencia de algunos funcionarios, a echarse en sus brazos. Después de besarse, el hombre, alto y corpulento, con una encrespada cabellera roja, preguntó:

—¿Todo conforme?

—Sí. He recibido las últimas instrucciones de Koremi. —De pronto se puso seria, y ante la expresión sorprendida de Kolwar, añadió—: Te lo explicaré luego, cuando estemos solos.

Él la tomó por la cintura y la condujo hacia la salida del palacio, diciendo irónico:

—Es lo que estoy deseando. La idea de no disfrutar de ti en un cómodo lecho durante un montón de días es lo que menos me agrada de la misión.

Salieron a la plaza calcinada por el fuerte sol del verano. Un asistente les llevó los caballos y ambos montaron en ellos ágilmente. Al otro lado se levantaba el mercado matinal, con su bullicio y colorido, puestos atiborrados de comida y mercancías. La ciudad estaba conociendo una inusitada prosperidad y abundancia. Los tristes días del hambre parecían una pesadilla que todo el mundo quería olvidar.

Zabala lo miró todo con tristeza. Si las preocupaciones de Koremi y sus espías se hacían realidad todo cuanto habían logrado con mucho esfuerzo podía venirse abajo.

Apretó los labios y cabalgó al lado de Kolwar, decidida a que nada de cuanto les hacía sentirse libres y seguros fuera hallado por las tribus salvajes del norte.

Al final de la plaza, donde terminaba el viejo palacio de Koremi, se alzaba una casa de tres plantas donde residían los monjes de la misma orden a que Leser perteneció en su juventud. Allí se oraba poco y se estudiaba mucho. Bastantes de los descubrimientos mecánicos y científicos habían salido de las salas de investigación, donde docenas de pacientes monjes escudriñaban cada página quebradiza de los venerables libros.

Contempló la fuente que arrojaba cristalina agua sobre el estanque.

Pronto, se aseguraba, en cada casa se disfrutaría de agua corriente.

Si alguien pretendía derribar todo aquello iba a tener que enfrentarse con un pueblo dispuesto a defender cuanto había conquistado, se dijo.

Espoleó su caballo en un momento de rabia y Kolwar, sorprendido, le gritó y tuvo que hacer lo mismo para no distanciarse. El muchacho, en un arrebato de vanidad, creyó que su amada Zabala estaba tan ansiosa como él de encontrarse en la cómoda alcoba, entre sus brazos.

Capítulo II

LA carretera estaba obstruida unos pocos metros más adelante.

Zabala se anticipó a Kolwar en bajar del coche y caminó con rabia un trecho, miró los restos oxidados y regresó junto a sus compañeros.

—Vamos a tener que trabajar —dijo—. No son muchos los trastos.

Lo que Zabala llamó trastos eran restos corroídos y desmantelados vehículos que durante el Desastre fueron abandonados en medio de la carretera por sus dueños, seguramente debido a la falta de carburante.

A una señal de Kolwar, media docena de soldados de Koremi saltó del vehículo que abría la marcha y empezaron a arrojar a la cuneta los trozos de vehículos. La acción de la lluvia y el sol habían convertido las carrocerías en algo tan frágil que se podía traspasar con el dedo. Sólo la estructura y el bloque del motor ofrecían mayor peso y dificultad para ser movidos.

—Desde que traspasamos las montañas nos topamos con más obstáculos en las carreteras —dijo Kolwar, escudriñando con recelo los bosques que flanqueaban el camino.

Un hombre corpulento, sentado ante el volante, rió y dijo:

—Mientras sólo se trate de eso… —arrugó la frente—. Me preocupé más cuando tuvimos que pasar cerca de ese pueblo tan miserable. El aspecto de su gente ante nuestra presencia me hizo pensar que nos tomaban por demonios o algo parecido. Luego, cuando nos alejamos, se atrevieron a dispararnos alguna flecha y un montón de chiquillos nos siguió un trecho arrojándonos piedras. Por cierto, creo que escuché un escopetazo.

—Seguramente los asustamos con los vehículos —rió Zabala—. Debieron asustarse al ver correr carretas sin caballos que tirasen de ellas.

—Pienso que esas personas se asustaron más por nosotros que por nuestros camiones —comentó Kolwar.

Los soldados volvían y la mujer dijo al hombre corpulento, Morell, que reemprendiese la marcha; saltó ella a la cabina y luego, cuando Kolwar estuvo detrás con los demás hombres, el vehículo saltó hacia delante y rodó a media velocidad.

—¿Dónde nos encontramos ahora? —preguntó Morell, bien agarradas sus manos al volante y sin dejar de estudiar la irregular carretera.

Zabala extendió el mapa sobre sus rodillas y respondió:

—Calculo que muy cerca, como a unos cien kilómetros. Creo que ese pueblo donde nos agredieron era Montelimar.

—Pues me quedé con las ganas de dispararles unas andanadas —masculló Morell.

—Olvídalos. Eran seres desgraciados. Aún debe pesar en ellos, como recuerdos funestos, el paso por aquí de los asiáticos.

De pronto, Zabala calló. En la carretera había aparecido un grupo de hombres armados con escopetas, lanzas y arcos. Su actitud hostil le hizo temer que pronto sonasen los primeros disparos y surcaran el aire las flechas. Alzó el brazo y Morell desembragó, metió el freno y cortó el encendido del motor. Seguía preocupado con el consumo del alcohol.

El grupo estaba inmóvil a unos cincuenta metros de ellos y todos vestían prácticamente harapos. Lucían pobladas barbas y bastante suciedad. Zabala extrajo su pistola y la montó con un gesto rápido. Bajó y Kolwar se unió a ella. Arriba, los soldados aprestaron sus armas y el último vehículo se adelantó un poco, como estaba previsto que hiciera en caso de peligro.

La mujer avanzó unos pasos hacia el grupo. Se sentía protegida. Ellos estaban mejor armados, y si los otros atacaban lo pasarían muy mal. Notó cerca la presencia de Kolwar y su metralleta. Zabala se detuvo y dijo:

—Venimos en paz y sólo queremos seguir nuestro camino.

Del grupo se destacó un hombre, de baja estatura pero corpulento. Su barba, al contrario que los demás, era muy rubia, casi albina. Sólo llevaba un largo cuchillo colgado del cinturón que apretaba a su cuerpo una sucia túnica. Manejaba una corta lanza en la mano derecha como si fuera un bastón. Parecía el jefe de la partida y dijo:

—No podéis seguir más adelante.

—¿Por qué? —preguntó Zabala—. ¿Existe algún peligro… o se trata de una prohibición?

—Ésta es tierra de Creon, y a Creon no le gusta que los extranjeros la profanen.

—¿Qué está diciendo este tipo? —preguntó Morell, después de soltar una maldición, a Kolwar.

—Al parecer aquí vive un individuo más listo que los demás que ejerce algún poder sobre estos desdichados —respondió el muchacho—. Mira su aspecto. No son una tropa, sino un puñado de campesinos asustados que pretende cumplir un cometido que no les gusta.

Zabala caminó hasta ponerse cerca del hombre pequeño y barba rubia.

—No queremos pelea, amigo. Debemos continuar nuestro viaje al este. Hemos recorrido muchos kilómetros y no pensamos volver atrás.

¿Quién es ése llamado Creon?

Los ojos del campesino brillaron de asombro.

—¿No sabéis quién es Creon?

—No tengo la más remota idea.

—Es imposible que ignores que él es nuestro amo y señor, quien nos alimenta y nos viste, evita que nos contaminemos con los sucios alimentos que nos da la tierra maldecida.

Zabala entornó los ojos y quiso estudiar con rapidez la situación.

Tuvo una idea y desapareció la prisa que hasta entonces la había embargado. Pensó que un día o dos de demora no serían muchos si obtenía buenos informes. Podían ganar bastante si las palabras de aquel hombre pequeño y estúpido no eran fantasías, producto de su ignorancia y superstición. Tal vez aquellas tierras podían depararles grandes sorpresas. Sonrió y dijo:

—Bueno, nosotros oímos hablar de un gran líder en nuestras tierras y hemos venido a rendirle acatamiento. Nos hablaron de su grandeza. Como gracias a las oraciones que les ofrecimos pudimos encontrar esos medios para viajar —señaló los camiones—, no hemos dudado en enfrentarnos a mil peligros para llegar hasta aquí.

El rostro albino del hombre se iluminó y su poblada barba dejó ver dos hileras de dientes sucios, amarillos, en abierta sonrisa.

—Era de esperar. ¡Sois fieles creyentes! —exclamó—. Puedo deciros que habéis llegado al final de vuestra peregrinación. Mi pueblo se sentirá honrado al recibiros. Seréis nuestros huéspedes.

Entonces se volvió y gritó unas palabras a su burda tropa, que tras escucharle rompió en gritos y loas a Creon.

Morell tiró de la manga de Kolwar, interrogándole con la mirada.

—Parece que el asunto puede resultar interesante —explicó Kolwar —, Seguiremos la corriente a esos brutos y esperaremos para ver en qué acaba todo. Pero no nos confiaremos.

El hombrecillo regresó otra vez junto a Zabala y dijo llamarse Pierjel.

Parecía muy contento y aseguró que el pueblo estaría feliz acogiéndoles. Se ofreció guiarles hasta allí, añadiendo que no estaba muy lejos.

Zabala invitó a Pierjel a subir al primero de los camiones, lo que éste aceptó encantado, lleno de orgullo. Los demás miembros que formaban la fuerza civil quedaron en la carretera, corriendo a la cuneta cuando la caravana emprendió la marcha. Lanzaron gritos de júbilo y blandieron sus toscas armas y viejas escopetas.

—Los feroces guerreros se han convertido en ridículas personillas —comentó socarronamente Morell a Zabala, mientras miraba de soslayo a Pierjel.

La mujer asintió, indiferente. Se puso un cigarrillo en los labios y lo encendió con el encendedor. Después de apagar la pequeña llama se

quedó mirándolo fijamente. Era una pequeña muestra del ímpetu de reconstrucción de su pueblo. Muchos artículos como aquél eran usados por muchas personas. La fabricación en serie de utensilios era notable bajo la dirección experta de Leser. Pero aún se carecía de fuentes abundantes y seguras de materias primas, de instalaciones adecuadas y, sobre todo, de energía constante y barata. El carbón estaba siendo extraído y se hacían funcionar máquinas de vapor, más se necesitaba petróleo en grandes cantidades hasta que el uso de la energía solar volviera a ser una realidad.

Energía solar. Aquellas palabras no salían de los muros de los laboratorios de Koremi mientras se estudiaba en los viejos libros sobre su aplicación.

Zabala, de repente, recordó que años atrás existió un movimiento contra Koremi. Se intentó su derrocamiento, detener los proyectos de reconstrucción. Lo promovió una especie de sociedad secreta que deseaba impedir el regreso de la tecnología y predicaba una forma de vida dedicada a la agricultura exclusivamente primitiva.

Una vez escuchó decir a Koremi, irónicamente, que aquellos individuos, idealistas en apariencia, eran unos hipócritas que se aprovecharon de la credulidad y superstición aún no desterrada en la gente para hacerse con el poder y luego mandar al infierno sus propias creencias. El palacio fue asaltado una noche, pero fracasaron y todos fueron aniquilados, quedando la sociedad desarticulada y nunca más se volvió a oír hablar de ella.

Pierjel soltó un grito e indicó una especie de carril que se abría a la derecha de la carretera y desaparecía en un pequeño bosque de pinos.

—Detrás está mi pueblo —dijo el nativo señalando con una mano.

—¿Qué esperas encontrar? —preguntó Kolwar a la mujer, susurrando las palabras al oído.

Zabala torció el gesto, algo preocupada. Pero pretendió ser firme al decir:

—¿Es que no te has dado cuenta? Esos desarrapados no se han sorprendido lo más mínimo al ver nuestros vehículos. Recuerda que los habitantes del pueblo que nos despidieron tan agresivamente tampoco mostraron extrañeza. Creo que sólo expresaron su resentimiento por nosotros por ocuparlos. Mira, Pierjel está con nosotros muy tranquilo. Es una prueba concluyente de que no es la primera vez que viaja en un camión.

Morell apartó por un momento la vista del estrecho carril para mirar a la jefe de la expedición.

—¿Piensas que el uso de vehículos está extendido entre ellos?

—preguntó mientras esquivaba una serie de baches.

—Ellos no los tendrán, pero sí quienes sirvan directamente al

llamado Creon.

Zabala no tuvo tiempo para añadir nada más. Habían salido del bosque y entraban en un amplio calvero. Allí, al fondo, estaba el poblado.

Quizá antiguamente fue una granja modelo, con construcciones sólidas que habían conseguido resistir el paso del tiempo. Los antiguos establos servían de viviendas, de las que salía el humo de las cocinas. El resto de las instalaciones, como los generadores y plantas de empaquetado, habían desaparecido, desmanteladas por sus ignorantes pobladores hacía mucho tiempo.

Una heterogénea multitud, curiosa y abúlica, acudió a recibirles. La escasa hostilidad que vieron los expedicionarios en un principio desapareció ante la presencia de Pierjel, que reía a carcajadas y gritaba a sus vecinos con voz chillona.

Se detuvieron delante de un enorme granero, milagrosamente en pie.

Allí descubrieron algunos supuestos guerreros, armados con viejos fusiles. Pierjel bajó y estuvo hablando con ellos un instante. Luego se volvió a Zabala y dijo:

—Siento que el Delegado del poblado no esté ahora, pero su ayudante nos recibirá enseguida. Venid por aquí, amigos.

Zabala dejó a los soldados al cuidado de los vehículos, ordenándoles que no permitieran que nadie se acercara a los cargamentos que llevaban. Seguida por Morell y Kolwar, caminó detrás de Pierjel al interior del viejo granero, que lo encontró menos sucio que lo que había temido. La construcción había sido acondicionada para alojamiento de los jefes del poblado, donde disponían de ciertas comodidades.

Penetraron en una habitación cuyo mobiliario sorprendió a todos. Vieron algunos objetos de valor como motivos decorativos. Posiblemente sus dueños ignoraban las riquezas que tenían allí.

Un hombre delgado caminó hacia ellos con suaves ademanes. La cara estaba maquillada y los labios resaltaban en un escandaloso rojo. Su túnica bordada arrastró un poco por el poco limpio suelo y él se apresuró a recogerla. Pierjel se le acercó y dijo:

—Vienen de lejanas tierras y desean servir a Creon, Marlee.

El llamado Marlee, ayudante del Delegado, sonrió torvamente. Cuando habló, pese a lo aflautado de la voz y gestos suaves, hizo estremecer a Zabala, comprendiendo que se trataba de un tipo astuto y nada embrutecido.

—He visto desde la ventana vuestros vehículos —dijo Marlee entornando los sombreados ojos y desviándose hacia un punto inconcreto—. Cuando escuché los motores pensé que se trataba del Delegado que volvía. Por cierto, ¿acaso en vuestras tierras los usáis comúnmente?

Aunque Marlee preguntó a Kolwar, fue Zabala quien, tras humedecerse los labios y tratar de sonreír, respondió:

—Sí. Y nuestros jefes los tienen mejores que estos que ves.

Marlee abandonó su semblante irónico. La suavidad de su voz dejó paso a un tono inesperadamente seco:

—Sois poderosos al parecer. ¿Aun así venís a postraros ante Creon?

—Eso es.

—¿Es que sabéis con certeza quién es Creon?

—No mucho. Sólo escuchamos a los viajeros referirse a él. Comprendimos que es fuerte y justo y decidimos venir a conocerlo.

—Vuestra fe es conmovedora —susurró Marlee como una serpiente. Caminó por la estancia delante de los recién llegados—. Nadie ve a Creon en persona. ¿No lo sabíais?

—Te repito que no conocemos bien qué es Creon, su apariencia. Ése es nuestro principal motivo, por el que hemos viajado tantos kilómetros —contestó Zabala un poco impaciente por aquella condenada charla que le cansaba y no sabía a dónde iría a parar. Disparaba a ciegas y temía cometer algún error irreparable.

—Pienso que sois más curiosos que fieles creyentes de Creon.

—Marlee soltó una risita. Sus cambios de temperamento eran desconcertantes—. Pero me parece que su toque sagrado se ha dignado llamar en vuestras almas y mentes para conduciros por el camino de la verdad. Por lo tanto, es mi deber ampararos. Estoy seguro de que el Delegado será de mi misma opinión. Así, sed bienvenidos a Ko'Koor, nuestra aldea. Podéis permanecer aquí todo el tiempo que queráis.

En el exterior se escuchó un ruido ronco, de motor de explosión.

Marlee se acercó a la ventana e hizo una señal para que los demás se acercaran a mirar.

—Nuestro delegado regresa de recibir órdenes de los Servidores de Creon —dijo sonriendo soñadoramente—. Tan pronto como haya descansado os recibirá. Se sentirá encantado de conoceros y os podrá hablar de Creon mejor que yo, ya que es uno de sus hijos predilectos.

Zabala miró el carril por donde mismo habían llegado ellos. Un vehículo cerrado, echando humo por su parte trasera, se acercaba al granero. Frenó en seco a buena distancia del lugar donde ellos habían dejado los vehículos al cuidado de los soldados. Una de las puertas se abrió y un hombre grueso, de movimientos pesados, descendió. Vestía una túnica roja y capa negra. Varios guerreros del poblado corrieron a su encuentro para escoltarle hasta el antiguo granero.

La mujer descubrió que un hombre de penetrante mirada estaba sentado detrás del volante. Parecía muy sorprendido ante la presencia de los vehículos forasteros y los soldados de Koremi. Luego su mirada se movió y la dirigió a la ventana donde estaba Zabala.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Zabala a Marlee.

—Un servidor de Creon —respondió éste con aire ausente—. Nuestro Delegado es muy querido por Creon y sus súbditos lo honran poniendo a su disposición un coche cada vez que ha de ver al Sublime Líder. También lo traen aquí, como puedes ver. Es un privilegio.

Zabala volvió su atención al coche, pintado de negro. Lo encontró muy cuidado y se juró en aquel momento que el motor quemaba gasolina. El conductor, como movido por una súbita prisa, dio marcha atrás, regresó al carril y se perdió por el bosque. Lo siguió con la mirada. Luego recordó las siglas que vio pintadas a los lados de las puertas: FAE Fuerzas Aliadas Europeas.

Capítulo III

ADRILT se apresuró a cerrar la válvula cuando el indicador le avisó que la irrigación había sido suficiente. Se limpió el sudor con un pañuelo y se dijo que su distracción había estado a punto de costarle un severo castigo, ya que estuvo a punto de perder una gran cantidad de líquido nutritivo. Y no habría podido hacer nada para ocultarlo, puesto que el medidor lo hubiese delatado.

Todavía nervioso, recordó a Rod, que estando de servicio en las instalaciones desperdició unos cientos de litros y fue castigado a tres meses de Meditación. Adrilt se estremeció al recordarle cuando salió de la celda, conducido entre dos guardianes que lo llevaron a la enfermería. Desde entonces, Rod se mostró taciturno, como ausente. Nunca volvió a ser el mismo, ni se alegraba cuando por su turno le correspondía ir al lupanar.

Adrilt nunca había podido averiguar qué hacían con aquéllos que cometían una falta. Los castigados no podían contarlo.

Anotó en el libro los datos sobre la marcha de las instalaciones y firmó al final. Apenas lo cerró cuando se acercó su relevo. Aquel día le tocaba a Spencer, a quien recibió con una sonrisa. Eran buenos amigos, los dos tenían aproximadamente la misma edad, unos veinticinco años, nacidos de mujeres temporales, no estables en la Fortaleza. Cualquiera de los Superiores podía ser su padre, pero aquello nunca les preocupó, como era lógico. Las Leyes prohibían que se hicieran preguntas al respecto.

La Casta de los Superiores eran los descendientes de los Privilegiados.

Adrilt, como Spencer, era un Medio y sólo estaban por debajo de él los Sucios.

Vio que Spencer hojeaba el libro, asintió y firmó debajo de donde lo había hecho Adrilt. Luego miró los registros y torció el gesto, contrariado.

—Has dejado escapar tres litros, Adrilt.

—Iba a decírtelo.

—Bueno, creo que no será difícil eliminar esa diferencia durante el próximo riego que haga —replicó Spencer dándole ánimos a su amigo—.

Es poca cantidad, pero siempre es mejor que los Superiores lo encuentren todo en orden.

—Gracias, Spencer. La verdad es que me distraje un poco.

—Debes tener cuidado. Últimamente te encuentro muy raro. Pareces un recién castigado.

Adrilt tembló al oír aquello, una palabra que hacía estremecer a todos los Medios y en cambio para Spencer era una más, sin importancia. A Adrilt le habría gustado ser tan inconsciente como su amigo, que parecía no temer a nada ni a nadie. Pero Spencer nunca había sufrido el más mínimo castigo o reprimenda. En su hoja de servicios no aparecía un solo punto negro. Diez de éstos suponían uno rojo y la acumulación de tres rojos llevaba al Castigo, también llamado Acondicionamiento y ésa era la palabra justa para designarlo, porque quien lo sufría cambiaba totalmente y se convertía en una sombra de lo que fue algún día.

Adrilt respondió al comentario de Spencer:

—Seguramente es que estoy cansado. Eso es todo.

Se despidieron y salieron de las instalaciones. En la entrada dejó la bata blanca dentro del ropero, en el lugar destinado a la ropa usada. Los Sucios se la llevarían y la limpiarían. Cuando regresara a su trabajo encontraría una esterilizada.

Sacó goma de mascar de una cajita y se la introdujo en la boca.

Enseguida sintió el dulzor. No le agradaba mucho, pero lo ayudaba como a muchos, en los momentos de depresión y a mantener fuertes los dientes, ya que los alimentos eran demasiado suaves y podían llegar a atrofiarse.

Penetró en el comedor destinado a los de su clase. No era la hora del reparto, pero les estaba permitido reunirse allí y charlar un rato, jugar al ajedrez y tratar de componer los jeroglíficos. Conocía a todos los que estaban allí reunidos, pero no sintió deseo de proponer a alguno una partida de ajedrez. Cogió un puzzle y trató de formarlo. En la mesa de al lado había tres Medios que cuchicheaban. Oyó algo y lleno de curiosidad se acercó y preguntó qué ocurría.

Uno de ellos alzó la mirada y al reconocerle, respondió en voz baja:

—Han enviado a Ranjal al Acondicionamiento.

Las palabras fueron para Adrilt como golpes en el estómago. Cogió una silla y se sentó junto a ellos. Estaba pálido y esperó a que otro dijera:

—Hace apenas dos horas fue sorprendido en la Residencia. No pudo justificar su presencia allí. El juicio resultó rápido y concluyente; veinte días de celda, como mínimo por el momento. Todo dependerá de las investigaciones que hagan ahora.

—¿Qué indujo a Ranjal a ir allí? —preguntó Adrilt.

Brucet, un encargado de ventilación, se encogió de hombros.

—Al parecer, Ranjal conoció a una chica recién llegada y le gustó demasiado. Es un retrógrado, un tipo introvertido en exceso. No pudo

soportar que otros se acostaran con ella. Hace unos días, dio un puñetazo a un Sucio porque estaba contando a otro de su casta lo bien que lo pasó con la chica. Entonces se pudo silenciar el hecho, pero lo de hoy ha sido grave.

Adrilt parpadeó, lleno de perplejidad. Era algo que nunca había ocurrido. Sintió una infinita compasión por Ranjal, un buen muchacho, aunque como dijo el otro, algo raro. Más de una vez, recordó, Ranjal tuvo que acudir a la enfermería para someterse a reconocimiento psíquico. Padecía de claustrofobia, la peor enfermedad que podía aquejar a un miembro de la comunidad.

—Deberíamos interceder por él —dijo Adrilt.

Los tres le miraron llenos de asombro y uno exclamó:

—¿Qué conseguiríamos? ¿Quién sería capaz de hablar con el Privilegiado? Ninguno de nosotros puede llegar hasta él sin pasar antes por los Superiores, y éstos, estoy seguro, no lo autorizarían.

—Es necesario detener esto de una vez.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que le ha ocurrido hoy a Ranjal puede pasarle cualquier día a uno de nosotros. ¿Cuántos Medios han sido sometidos al Acondicionamiento durante los últimos meses, convertidos en marionetas? La situación en la Fortaleza se pone peor cada día…

Adrilt calló y miró hacia la puerta. Dos hombres vestidos con túnicas negras sujetas con ancho cinturón entraron en el comedor, pasaron lejos de ellos y se sentaron en una mesa apartada, donde empezaron a charlar en voz baja, mientras bebían de una botella que sacaron.

—¿Por qué están aquí? —preguntó con violencia uno de los compañeros de Adrilt—. ¿Acaso nos vigilan también en nuestro comedor?

—Suelen portarse así cuando encierran a uno de los nuestros —silabeó uno agachando la cabeza, con el gesto crispado por la rabia—.

Son recelosos y desean pulsar el ambiente.

—Temen algo…

—Les embarga una desconfianza patológica —dijo Adrilt—. En cierto modo todos tenemos un poco desequilibradas nuestras facultades mentales. No creo que los Superiores sean mejores que nosotros. El que salgan a menudo al exterior no parece servirles de mucho.

Era otra cuestión que irritaba a Adrilt. Los Medios no podían salir, sino trabajar siempre en los niveles más profundos, disponiendo los alimentos, reciclando continuamente los productos. Su alimentación, como la de los Sucios, era bazofia, mientras que los Superiores comían a dos carrillos manjares exquisitos y disponían de las mejores mujeres, no los desperdicios que echaban a los lupanares para distraer a las castas inferiores.

Escupió la goma de mascar a un rincón y se levantó. Otros compañeros entraban en el comedor y se mostraban inquietos al ver allí la fúnebre pareja de Superiores. Algunos, nerviosos, dieron media vuelta y optaron por marcharse.

El ambiente empezó a resultarle insoportable a Adrilt y tras despedirse de sus compañeros se dirigió a la salida. Por el corredor, mecánicamente, echó mano a otra pastilla de mascar, pero no quiso llevársela a la boca. Por el contrario, haber visto beber a los Superiores le había abierto un deseo enorme de tomar unos tragos de vino.

Casi sin darse cuenta llegó a los niveles destinados a recuperación de desperdicios y eran Sucios los que trabajaban allí, seres taciturnos, casi todos antiguos Medios que a causa de los castigos tenían reducidas sus facultades mentales y llevaban adelante el trabajo más ingrato de la Fortaleza.

El olor reinante en aquellos lugares era penetrante, dulzón y nauseabundo en cierta forma. Adrilt sintió los ojos irritados a causa de los desinfectantes cuando pasó junto a los carriles que transportaban los desperdicios seleccionados para transformarlos en carbohidratos una vez tratados con proteínas de clorellas. La mercancía subía desde aquellos niveles a los superiores, donde los Medios terminaban la operación, analizaban el resultado y terminaban envasándolo en recipientes que eran almacenados en los silos.

Al doblar una esquina casi se tropezó con un hombre encorvado y de movimientos lentos que empujaba una carretilla. Era Rod, un Sucio tras sufrir el Acondicionamiento. Ya tenía el rostro tan blanco como todos los que trabajaban allí y nunca recibían la ración de rayos ultravioleta.

—Hola, Rod —dijo Adrilt.

Tuvo que repetir el saludo antes de que el otro levantase la mirada y dirigiera a él sus mortecinos ojos.

—Ho… hola, Adrilt —respondió sin dejar de empujar la carretilla.

Adrilt se mordió la lengua, seguro de que no podría entablar un vulgar diálogo con su antiguo amigo. Y Ranjal pronto estaría así, uno más a la tétrica legión de fantasmas que se movía en los niveles más ingratos de la Fortaleza.

Dejó que Rod se alejase por el túnel, empujando la carretilla y arrastrando los pies penosamente. Al fondo, otros como él le esperaban para arrojar mercancía a la caja de metal oxidado. Desesperado, Adrilt meneó la cabeza y se alejó.

* * *

El orgulloso Superior, sabiéndose bien protegido por la media docena de compañeros suyos apostados detrás, bien armados con rifles y

metralletas, gritó al numeroso grupo de Medios que esperaba en la entrada del lupanar desde hacía un buen rato:

—Lo siento, por orden de Creon ha sido cerrado. Se os avisará cuando de nuevo sea abierto. Confiamos sea pronto, puesto que esperamos nuevos envíos. Las que estaban allí han sido transferidas para los Sucios —esbozó una sonrisa mordaz y añadió—: Claro es que si deseáis visitarlas allí sois libres de hacerlo.

A regañadientes, los Medios fueron dispersándose. Adrilt y Spencer bajaron a sus propios niveles y se refugiaron en el habitáculo que ambos compartían, una estrecha habitación donde difícilmente cabían dos camas, una mesa y dos sillas, coja una de ellas. Se sentaron y Adrilt sacó goma de mascar, con la mirada puesta en una mancha de la pared.

Spencer sonrió y le dijo que la guardase o tirase. Luego extrajo un paquete de cigarrillos de su camisa, entregó uno a su compañero y siguió sonriendo cuando él se puso otro entre los labios y procedió a encenderlos.

—¿Cómo los has conseguido? —exclamó Adrilt con ojos llenos de asombro—. No reparten tabaco desde hace un mes…

Spencer lanzó una bocanada de humo y con un gesto de complicidad, dijo:

—A veces la entrada a los depósitos de los Superiores no está muy vigilada y…

—¿Quieres decir que lo has robado?

—Exactamente —Spencer se encogió de hombros—. Diariamente salen varios camiones de la Fortaleza rumbo al exterior. ¿Adónde va a parar toda esa mercancía? A las comunidades, desde luego y ya sabes a cambio de qué. Nosotros trabajamos aquí como esclavos, en esta gigantesca fábrica depuradora, donde los alimentos son tratados de alguna forma que los hacemos aptos para el consumo humano. Pero debemos pagar tanto por lo que consumen los Superiores, para satisfacer sus vicios de mujeres, vinos y drogas, que poco de lo que se produce llega para nosotros y no digamos para los Sucios, que se mueren de hambre mientras se revuelcan en la mierda de sus excrementos.

—Parece que tú y yo pensamos igual, Spencer —musitó Adrilt.

—Afuera hay sol, Adrilt, aunque siempre nos han dicho que sólo existe muerte y radiactividad, que los cereales, vegetales y frutas que nos envían deben ser tratados. No sé nada seguro, pero parece ser que al otro lado nadie se muere, igual que aquí, excepto los Superiores y los acólitos de Creon, viven bien y gozan del Sol cuando les apetece.

»Yo tengo buena memoria, Adrilt. Y cuando era joven escuchaba unas historias que un viejo de abajo me contaba. No estaba tan loco como los Superiores creían, sino bastante cuerdo a veces. Me contó que antes se vivía aquí bastante bien y la Fortaleza sólo trabajaba para

proteger a las comunidades del exterior, hasta que todo cambió y Creon tomó el poder. Adrilt, yo quiero salir al exterior.

Spencer calló y recibió una mirada preocupada de su amigo, pero éste compuso una sonrisa de ánimo y dijo:

—Yo también he pensado muchas veces escapar. ¿Sabes? Una vez estuve bastante arriba. Me llevaron a descargar camiones. Por un momento vi un atisbo de Sol, pero sólo un segundo, antes de que las compuertas se cerrasen tras el paso de un camión cargado de chicas recién incorporadas. Eran todas muy bonitas, jóvenes. Unos dos años más tarde vi a una de ellas en el Lupanar. Ya había dado a luz a un Superior. Estaba muy envejecida. Aquel día apenas pude hacer nada con ella, tan triste la encontré; se me quitaron las ganas. Me enteré unas semanas más tarde que la enviaron con los Sucios. No sé qué le ocurrió después. Nadie sabe dónde terminan esas desgraciadas.

—Me alegro de que estés de acuerdo conmigo, Adrilt. Pensaremos un plan. Necesitaremos algunas armas; yo sé dónde robarlas, fusiles y municiones. Pero necesitaremos otro más, un hombre decidido.

—¿En quién has pensado? —preguntó Adrilt, imaginándose que para semejante aventura no iban a encontrar a muchos dispuestos a jugarse el pellejo.

—En Ranjal, porque él no tiene nada que perder ya.

—Pero a Ranjal lo someterán dentro de dos o tres días al Acondicionamiento…

—Eso es. Nos iremos antes. Pasado mañana, a más tardar.

Adrilt tragó saliva y pidió a su amigo que le contase todo lo que tenía pensado hacer. Sin poderlo evitar sintió un poco de miedo, pero ya no podía volverse atrás.

Capítulo IV

—SÍ, es cierto —asintió el llamado Ronco, uno de los soldados de Koremi. Era su apodo, debido a que su voz resultaba apagada y grave—. Me acerqué al coche y olí a gasolina.

—Gasolina —repitió Zabala terminando de apurar su taza de café. La dejó sobre la tosca mesa y dijo—: Gasolina, café, sucedáneos de carne, conservas, proteínas vegetales. Son demasiadas cosas las que disfrutan los privilegiados de este poblado, proporcionadas al Delegado Erqueu por los sicarios de ese ente u hombre llamado Creon.

—Es curioso —dijo Kolwar, fumando uno de los cigarros que momentos antes le había regalado, en medio de una sonrisa insinuante, el relamido Marlee. Resultaban frescos y tiraban estupendamente—. Estas gentes se matan cultivando los campos y no comen nada de cuanto producen, sino los alimentos que obtienen de Creon.

Excepto los soldados que seguían vigilando los vehículos, todos estaban reunidos en las habitaciones cedidas por Marlee para ellos. Esperaban impacientes el momento de ser recibidos por el Delegado Erqueu, que aún no se había repuesto de la fatiga del viaje. El Sol caía verticalmente sobre el poblado y no se veía a nadie. La siesta parecía ser un rito obligado entre sus pobladores. Sólo a la entrada del carril estaban apostados algunos guerreros, dos con lanzas y uno con una metralleta colgada del hombro, sentados bajo un pequeño cobertizo que los defendía del calor sofocante.

Kolwar dio otra chupada y arrojó el humo a través de la abierta ventana. Se humedeció los labios y dijo pensativo:

—Existe una diferencia entre este pueblo y el otro que a nuestro paso nos mostró su hostilidad a pedradas.

—No olvides que también nos dispararon —rió Ronco.

—Quiero decir que aquel poblado no estaba protegido por Creon y éste sí. Y luego está la ausencia que, al parecer, nadie ha notado.

—¿Qué diferencia? —preguntó Zabala.

—La ausencia de muchachas. ¿Quién ha visto alguna? Sólo niñas, hombres y ancianos que se los comen las moscas.

Morell asintió. Arrojó al suelo la colilla y dijo:

—Kolwar tiene razón. No me había dado cuenta de eso, pero sí que entre la otra aldea y ésta, Ko'Koor, parece haber un estado de guerra. Los centinelas cerca del carril están ahí como si vigilaran una posible incursión de aquellos tipos tan díscolos.

Zabala recogió su cinturón con la pistola y se la ajustó. Kolwar la miró preocupado. A veces temía las imprudencias de la mujer, pero él tenía que mostrarse ante los demás como un subordinado más de ella.

—¿Adónde vas?

—Quiero echar un vistazo por los alrededores —respondió la chica, asegurándose de que el revólver salía bien de la funda—. No creo que nadie me lo impida. El Delegado aún tardará mucho en llamarnos.

—¿Te acompaño?

Zabala sonrió al mirar a su amante. Negó con la cabeza.

—Quédate aquí. Volveré enseguida. Estoy sospechando que no estamos muy lejos de nuestro objetivo, amigos. Las indicaciones de Leser no eran muy exactas, pero sus datos apuntaban esta zona como la probable.

—No quiero que vayas sola por ahí…

Ella suspiró. No quería discutir delante de los hombres.

—Está bien. Vamos.

Los dos salieron de la habitación, cruzaron el vestíbulo del granero. Escucharon ronquidos procedentes de otras estancias. En el exterior, el calor les azotó el rostro. Los centinelas apostados en el carril no los miraron. Desde allí, Zabala pensó que los tres dormían.

Dieron la vuelta al enorme granero y caminaron por un sendero que pasaba entre chabolas pequeñas y tristes, seguramente las destinadas a los granjeros. Miraron los campos cultivados que se perdían en el horizonte. Kolwar aseguró que aquélla era una buena tierra.

—Entonces, ¿por qué no comen lo que producen? —preguntó Zabala, agachándose y cogiendo un puñado de buena negra tierra, húmeda.

—Tal vez nos lo diga el Delegado cuando se digne despertar —gruñó Kolwar—. Yo no lo entiendo. Ya comprobamos antes que aquí no hay el menor rastro de radiactividad.

Zabala se encogió de hombros, decepcionada por no encontrar nada que le diera alguna pista interesante. Iba a decir que debían volver cuando descubrió una figura sentada bajo un pequeño árbol. Se enfrentó a los ojos pequeños de una vieja y a continuación escuchó la cascada carcajada de ésta.

Miró a Kolwar y éste se alzó de hombros, no comprendiendo, como ella, qué hacía aquella vieja allí, en lugar de dormir dentro de una casa.

Por muy mal que estuviera en la más mísera siempre tendría menos calor que bajo la escasa sombra del raquítico árbol.

—Quizá ella podría decirnos qué clase de trueque existe entre el poblado y Creon —comentó la chica.

Caminaron hacia la vieja. Se detuvieron a un metro de ella. La anciana se cubría con harapos y sus escasos cabellos grasientos le caían en maraña por la frente. Abrió la boca desdentada y pareció sonreírles

con burla.

—Ah, vosotros sois los recién llegados. ¿Qué queréis saber? Yo puedo deciros algo a cambio de comida.

Kolwar sacó de un bolsillo un trozo de queso envuelto en papel impermeable, que arrojó a la vieja, quien de inmediato empezó a devorarlo con dificultad a causa de sus pocos dientes.

—¿Por qué no estás durmiendo como todos en una casa? —preguntó Zabala.

—No puedo entrar en el poblado. Otras muchas como yo tienen que refugiarse en los bosques, pero yo me acerco más que las demás para obtener comida. No espero a buscar entre los desperdicios, donde sólo hay porquerías. A veces esos bastardos arrojan a esta parte lo poco que les sobra, que siempre es mejor que un trozo de carne podrida.

—¿Quién eres para estar desterrada de los tuyos?

—Oh, una que volvió hace tiempo, de las muchas que se fueron y de las pocas que regresaron anticipadamente. Eso me convirtió en estigmatizada —graznó chupando el último trozo de queso.

—¿De dónde regresaste y cuál fue el mal que causaste? La vieja alzó su mirada nubosa.

—Están pidiendo demasiado por tan poca comida —gruñó—. Aunque extranjeros sois demasiado estúpidos. Escuché antes que habéis venido a rendir pleitesía a Creon. ¿Qué pensáis obtener a cambio? —Miró a Zabala—. ¿Tú serás el pago?

—¿Qué estás diciendo? —preguntó notándose estudiada por la vieja, como si con aquellos ojos tristes la estuviera desnudando.

Kolwar se acuclilló ante la anciana y puso ante su cara unas lonchas de carne ahumada que sacó de la pequeña mochila. Dijo:

—Esto será para ti. Es blanda y podrás comerla. Charlemos un poco y dime qué es este lío. Estamos impacientes por saber cosas, porque hasta el anochecer no nos recibirá el Delegado Erqueu.

—Ah, sí. Ese cerdo de Delegado acaba de volver de la Fortaleza y estará muy cansado. Allí se vive bien, entre los Superiores, los perros falderos de Creon. Yo estuve allí y bien que lo recuerdo. Pero enfermé y me echaron porque dijeron que incluso sería un peligro para los Sucios a causa de que podía contagiarlos.

»Cuando llegué a la aldea me apedrearon y desde entonces, aunque era joven y bonita, no pude vivir aquí. Me refugié en los bosques y viví con otras viejas, que me cuidaron. Sané, pero ya el Delegado no se atrevió a enviarme a la Fortaleza…

»Por suerte para mí algunos hombres se olvidaron de que fui marcada con el estigma y se revolcaron conmigo a cambio de alguna comida y otras cosas. Mientras mi cuerpo fue joven y apetecible no lo pasé mal, pero cuando me llené de arrugas y empecé a oler mal, me

quedé sola y tuve que hurgar entre los desperdicios como las demás o arrastrarme cerca del poblado para robar algo.

Kolwar cruzó una mirada de preocupación con Zabala. Las confusas palabras iniciales de la vieja empezaban a tener algún significado, un horrible significado.

—¿Qué es la Fortaleza y dónde está? —preguntó la mujer.

La vieja alzó las manos y Kolwar dejó que le arrebatara la comida.

—Sois extraños —dijo mirando el envoltorio—. Esta comida no es de la Fortaleza. Vuestras ropas son buenas y he visto los vehículos que poseéis. No os comprendo. ¿Qué necesitáis de los Superiores? —Miró con espanto a Zabala—. No dejes que te entreguen a Creon, muchacha. Tu belleza se marchitaría pronto, terminarías siendo fornicada por docenas de repelentes hombrecillos que viven en las profundidades. Luego, cuando ni siquiera sirvieras para ellos, te arrojarían o matarían, según les convenga. Antes, mátate.

—No entiendo…

—¡No entienden nada! —gritó la mujer levantándose con dificultad —. Tú, hombre, ¿tantas mujeres tienes que puedes prescindir de ésta tan hermosa? ¿Acaso no es grata en la cama…? —Calló de pronto, al fijarse en el arma que Zabala llevaba en el cinto—. ¿Qué sois? ¿Una mujer con pistola?

Empezó a alejarse, volviendo la cabeza de vez en cuando hacia ellos, asustada y agarrando la comida como si temiera perderla.

—Marchaos de aquí —gritó la anciana—. Éste es un lugar maldito, donde la tierra sólo da comida de muerte, frutos contaminados…

Torpemente, como un desaliñado muñeco, la vieja desapareció tras unos árboles. La pareja quedó allí, sin capacidad de reaccionar. Luego, despacio y en silencio, volvieron al granero. No vieron a nadie. Todo seguía con la misma quietud que antes. De pronto, Zabala agarró a Kolwar por un brazo, indicándole una casa que antes no habían descubierto.

—Echemos un vistazo ahí —dijo extrañada al ver que la puerta estaba cerrada mediante un enorme candado.

Al llegar ante la puerta tocaron el candado, bien sujeto. Al lado había una pequeña ventana con sucios cristales. Zabala frotó uno y miró por él. Cuando su mirada se hubo acostumbrado a la penumbra del interior lanzó un gemido y pidió a su compañero que mirase.

Haciéndose pantalla con las manos, Kolwar pegó la cara al cristal y vio a varias chicas dentro. Todas parecían dormir. Eran muy jóvenes, apenas tendrían entre quince y veinte años, bastante bonitas pese a sus pobres vestidos.

Se retiraron de allí perplejos y furiosos a la vez. Apenas se alejaron unos metros y el granero estaba cerca cuando una figura apareció por la

esquina y los miró entre sorprendido y lleno de malestar. Era Marlee, quien con la insoportable cadencia de voz les dijo:

—Al no encontraros en vuestros alojamientos pensé que estaríais dando un paseo, aunque con este calor tan molesto… Por cierto, ¿habéis encontrado algo de interés, mis queridos amigos?

* * *

La llegada de la noche sólo consiguió disminuir un poco el calor sofocante que padecieron durante el día. En el interior del granero, en una sala amplia situada en el fondo, la atmósfera estaba cargada por el olor de comida que fue servida con prodigalidad y el humo de los cigarros que consumían en la sobremesa.

Zabala, sentada frente al Delegado Erqueu, dio la última chupada a su cigarro y lo aplastó contra un plato con restos de comida. A su lado estaban Kolwar y Morell, Ronco y tres soldados más. Llevaban las armas cortas porque no querían desprenderse de ellas y consideraron que presentarse con fusiles y metralletas podía resultar de mala educación. Aunque Marlee insistió en que todos los visitantes podían asistir al banquete, Zabala no quería dejar solos los vehículos y replicó que no era norma entre ellos que los soldados alternaran con los jefes, añadiendo que los que la acompañaban eran oficiales.

Observó a Erqueu, seboso y gordinflón que seguía comiendo a dos carrillos, como si para él el banquete no hubiera concluido. Lo catalogó como un cretino dominado por la gula. Experimentó asco y dejó de mirarlo, cansada de verlo engullir sin cesar y beber grandes tragos de vino rojo y fuerte. Seguramente era Marlee quien realmente mandaba en la aldea.

Marlee se sentaba al lado del Delegado y apenas probó algunos bocados, siempre eligiendo cuidadosamente de los platillos más delicados. Durante la cena habló con los invitados de forma vaga, hizo muchas preguntas y contestó a pocas de las que le formularon. Se interesó por el país de donde procedían. Zabala le informó de manera difusa, mintiendo tanto que a veces Kolwar tenía que ocultar sus sonrisas. Respecto a los vehículos dijo que no poseían muchos y que todos estaban en manos de la casta privilegiada. Entonces recordó que antes había dicho lo contrario y se llamó imprudente. Debía tener más cuidado con lo que hablaba. Concluyó afirmando que ellos querían ayuda de Creon.

—¿Cuál es la clase de ayuda que desean?

La pregunta de Marlee cogió desprevenida a Zabala, pero se rehízo y contestó con rapidez:

—Toda la que pueda ofrecernos.

—Antes han de ofrecerle algunos presentes. ¿Que traen?

—Tenemos tan buena mercancía como ustedes —rió Zabala.

—¿De veras? —inquirió enarcando una maquillada ceja, con profundo tono burlón.

Kolwar comprendió que la conversación iba tomando derroteros que no le interesaban e intervino:

—Ayer pasamos por un poblado donde fuimos despedidos con violencia. ¿Por qué?

—Sé a qué aldea se refiere. Son un montón de infieles, miserables, unos desdichados. Serán castigados pronto por Creon. En breve recibirán un severo correctivo —aseguró Marlee con voz seca. Hizo una indicación para que los criados dejaran la mesa libre y limpia. Al parecer el Delegado ya estaba plenamente satisfecho.

—¿Por qué esa gente no acepta a Creon? —preguntó Zabala.

—Son ignorantes —intervino Erqueu eructando ruidosamente—. Prefieren vivir de las miserias que les da la tierra, comer lo que cultivan sin que antes Creon purifique los alimentos. Un extraño orgullo les impide entregar a nuestro bienhechor…

Marlee tomó al Delegado de un brazo y lo obligó a incorporarse.

—Señor, estáis agotado. Será mejor que os retiréis a descansar.

Dos criados acudieron a ayudarle a caminar. Se fue dando tumbos.

Zabala aprovechó la ocasión y dijo:

—Nosotros también nos retiraremos, Marlee. Gracias por la comida.

—Deberíais quedaros aquí hasta que Creon envíe algún siervo suyo.

—Nos gustaría ir hasta donde está él…

—Nadie puede ir sin ser invitado previamente.

—Creí que nos dirías cómo se llega a la Fortaleza.

—De ningún modo. Me está vedado decirlo. Debéis esperar. Zabala y Kolwar cruzaron una mirada y la primera asintió:

—Está bien. Esperaremos un día más. Si Creon no envía algún aviso nosotros iremos en su busca. Estamos impacientes por conocerlo.

Se retiraron de la sala y cruzaron el pasillo que conducía a las habitaciones que les dieron. A Zabala le gustaban porque la ventana daba a la explanada donde estaban los vehículos y el resto de los soldados. Aquella noche estaba dispuesta a dormir con un ojo abierto.

Los soldados, Morell y Ronco, quedaron en la primera habitación y ella y Kolwar entraron en la siguiente. Cuando encendieron la lámpara de aceite estuvieron a punto de sacar sus armas. Allí estaba, sentado sobre una cama, el hombre bajo y corpulento que habían visto por la mañana al frente del grupo de aldeanos armados en la carretera.

Zabala recordó que se llamaba Pierjel y enseguida depuso su actitud

recelosa, al verle sonreír y sin un mero cuchillo cerca.

—Cierren la puerta, por favor —pidió Pierjel.

Kolwar lo hizo y colocó la lámpara de manera que no pudiera ser descubierta la presencia del hombre desde el exterior.

—¿Qué hace aquí? —preguntó.

—No alcen la voz. Si Marlee sabe que he entrado en la casa del Delegado para hablar con ustedes me cortará las orejas y los testículos —pidió un poco alarmado.

Zabala se sentó a su lado y le apremió a que hablara.

—Antes quiero darles las gracias por no haber dicho nada a Marlee cómo y dónde encontraron ustedes a mi grupo esta mañana.

—¿Por qué?

—Nosotros nos dirigíamos a ese poblado que os atacó. Yo había reunido un grupo de aldeanos cansados de Marlee y del despotismo del Delegado. Estábamos dispuestos a unirnos con ellos para impedir que se produzca una vez más la ignominia.

—¿A qué se refiere? No lo entiendo. Cuando nos vieron se pusieron muy contentos al saber que somos fieles, o aspirantes a serlos, de Creon.

—Eso pensamos y fingimos. Un poco decepcionados abandonamos nuestros propósitos porque creímos que nuestro plan estaba condenado al fracaso si ustedes se unían a Erqueu. Sus armas, vehículos…

Zabala se rascó la barbilla. ¿Estaba diciendo aquel hombre la verdad? Podía ser un enviado del astuto Marlee para averiguar si sus deseos eran auténticos, que realmente querían rendir vasallaje a Creon.

—¿Por qué nos cuenta esto ahora?

El rostro duro de Pierjel se contrajo y quienes le contemplaban temieron que aquel hombretón fuera a estallar en llanto.

—Mi hija está entre las vírgenes que serán enviadas a la Fortaleza mañana. Todos los que me acompañaban son padres, hermanos o amigos de esas desdichadas que mantienen encerradas en el barracón. Yo les vi esta tarde cómo las observaban por la ventana y descubrí su mirada de horror al comprender lo que pasa en estas tierras malditas.

—Bueno, no lo comprendimos totalmente…

—También los vi hablar con la vieja, ésa que acude todas las tardes en busca de comida. Yo no permitiré que mi hija sea como ella dentro de algún tiempo —Pierjel movió la cabeza con decisión.

—¿Cada cuánto tiempo ocurre esto?

—Cada cinco o seis años. La entrega de muchachas es un rito que va por turnos. Cada año corresponde a una aldea fiel a Creon surtir sus insaciables serrallos. ¡Y todo porque él nos alimenta, nos purifica la comida que le entregamos! Damos cien y nos devuelve diez.

—¿Por qué entregan comida, granos, cerdos y gallinas a cambio de alimentos sintéticos, deshidratados e insípidos, casi sin valor nutritivo?

—Todos los valles están contaminados, impuros. Sólo Creon tiene poder para devolverles la pureza.

—¡Vaya cuento que se ha montado ese tal Creon! —estalló Kolwar.

Zabala le hizo un gesto para que callara. Luego, sonriendo, dijo:

—Creo que hemos llegado en el momento justo, amigo Pierjel.

¿Cuándo deben partir las chicas hacia la Fortaleza?

El hombre levantó la mirada con un ramalazo de esperanza en sus ojos.

—¿Van a ayudarnos? ¡Sé que no comparten las ideas del Delegado y han venido aquí para destruir a Creon!

—¿Por qué está tan seguro?

Pierjel aspiró profundamente y dijo:

—Les he estado escuchando toda la tarde. Sé que nos ayudarán.

Zabala asintió. ¡Habían tenido un espía cerca en todo momento y no se percató nadie! En cierto modo se sintió mal. Si Pierjel hubiera sido un confidente de Marlee hubieran tenido que salir de allí disparando como locos, o bien aquel tipo afeminado les habría puesto algo en la comida para envenenarlos.

—Escucha, Pierjel —dijo apoyándole una mano en el hombro—. Vamos a ayudar a esta aldea, a los valles si es preciso. Pero vamos a precisar de tu colaboración y de cuantos como tú estén hartos de tantas mentiras.

Capítulo V

AQUELLA noche apenas durmieron. Cuando surgieron los primeros rayos del Sol, Zabala ordenó que todos salieran sigilosamente del granero. Fuera, los soldados ya estaban preparados y en unos pocos minutos dispusieron los vehículos para la partida; los depósitos habían sido llenados con combustible y Kolwar hizo un comentario pesimista sobre las pocas reservas de alcohol de que disponían.

—Hemos avanzado más de mil quinientos kilómetros —recordó Morell.

—Confiemos que el regimiento de caballería que nos sigue no se haya perdido —murmuró Zabala—. Las señales que les fuimos dejando eran bien visibles. Ellos arrastran dos mil litros de alcohol que nos serán imprescindibles para el regreso.

Pensó en la precaria situación de su país, amenazado por la invasión.

Incluso haber dejado las defensas costeras sin el regimiento implicaba un serio riesgo. Zabala estaba decidida a volver si en aquella zona no hallaba lo que esperaba, aunque tenía fundadas esperanzas de que la llamada Fortaleza fueran los depósitos aliados, que por desgracia alguien los había descubierto antes que ellos. Si al menos no hubieran destrozado lo que Leser afirmaba que guardaban…

Kolwar estaba aquella mañana de malhumor y Zabala sonrió al pensar que podía deberse a que desde hacía días no había podido estar a solas con ella.

—Los guerreros del carril no están —dijo Kolwar.

Zabala ya se había percatado de ello, que unido a la quietud de la aldea podía significar que Marlee no se había quedado dormido pronto la noche anterior.

Levantó la mano, señal convenida para que los conductores encendieran los motores. Con su siguiente gesto, los tres camiones se pusieron en marcha y Zabala se estremeció ante el rugido de los motores, que se le antojó como una tormenta.

Se aproximaban al carril cuando de entre las sombras del cercano bosque salieron unas figuras. Se destacaron dos y quienes ocupaban la cabina del camión en cabeza identificaron a Marlee como una de ellas. El otro era un hombre que vestía una túnica oscura hasta las rodillas, sujeta con un cinturón al cuerpo.

—En nombre de Creon os conmino a que os detengáis, extranjeros —tronó una voz.

Algunos soldados soltaron exclamaciones, pero Kolwar se apresuró a explicar el fenómeno.

—Usa un megáfono. ¿Quién será ese tipo?

—No es del poblado. Viste como el conductor que trajo ayer al Delegado. Seguramente es un allegado de Creon. Marlee ha debido pedir ayuda a su amo.

—Confiemos que Pierjel no haya perdido el tiempo anoche —masculló Kolwar montando su metralleta.

Zabala asomó la cabeza por la ventanilla y gritó:

—Sé que estás ahí, Marlee. Sólo pretendemos marcharnos. No queremos jaleo.

Marlee tomó el megáfono y respondió:

—Creon ha decretado que os entreguéis. Si habéis dicho la verdad no tenéis nada que temer. Dejaréis las armas y…

Los tres camiones se habían detenido. Morell, cuando Zabala se lo pidió, movió el volante y situó el vehículo unos metros más adelante. Los otros dos se pusieron en marcha y abrieron la línea. Se escuchó el prolongado sonido de treinta fusiles al ser montados y Marlee calló de súbito.

El hombre de la túnica negra le arrebató el megáfono y gritó enfurecido:

—Si no arrojáis las armas, dispararemos.

Por toda respuesta, Zabala encendió los faros del vehículo y seguidamente los otros dos hicieron lo mismo. Los haces de luz taladraron la oscuridad del amanecer, y vieron cómo docenas de figuras corrían a ocultarse detrás de los árboles.

—¡Atrás! —gritó la mujer.

Si pretendían avanzar por el carril podían caer bajo un fuego intenso desde los flancos.

Los camiones dieron marcha atrás y sonaron los primeros disparos procedentes del bosque. Algunos guerreros de Marlee o de la Fortaleza se habían puesto nerviosos. Las balas se perdieron inofensivamente, pero cuando los vehículos estuvieron cerca del granero, el fuego se hizo más intenso y Zabala miró con aprensión la mole donde habían pasado la noche. Si allí había enemigos apostados, iban a pasarlo mal.

Pero pronto comprendieron que durante la noche el granero fue desalojado, saliendo sus ocupantes por la puerta trasera sin que ellos los vieran. Zabala sonrió al pensar en el gordo trasero de Erqueu correr por el campo y ponerse a salvo de la lucha.

—Mantened las luces encendidas —dijo Kolwar—. Pronto será de día y podremos apagarlas.

Los hombres fueron distribuidos entre los tres camiones y el resto, el mayor número, ocupó el granero después de asegurarse de que no había

nadie. Cerraron la puerta trasera y todas las ventanas que no iban a utilizar para abrir fuego.

—Si al menos supiéramos cuántos son ellos… —gruñó Kolwar.

—Pierjel se llevó a toda la gente del poblado. Marlee sólo cuenta con la guardia personal del Delegado, unos cuarenta hombres. Es posible que hayan llegado de la Fortaleza otros tantos tipos de ésos con túnicas negras.

—Pero su armamento puede ser mucho mejor que los viejos fusiles y escopetas de los guerreros de la aldea.

—Sin duda —asintió Zabala. Escrutó el otro lado del calvero, donde seguían moviéndose las sombras entre los arbustos y árboles, como si el enemigo estuviera preparando el ataque.

Luego miró las demás casas. De ninguna salía una triste luz y dedujo que la población había sido evacuada. Le habría gustado saber si antes o después de que Pierjel dijera que iba a marcharse con sus adictos en busca de refuerzos en la aldea hostil a Creon.

Zabala estaba preocupada. El precipitado plan ideado con Pierjel no estaba saliendo según lo previsto. Ellos habían contado con poder salir de la aldea y, una vez agrupadas las fuerzas, regresar y dominarla sin apenas disparar un tiro, antes de que los camiones de la Fortaleza llegaran en busca de las chicas encerradas en el cobertizo.

Pero el delicado Marlee ya tenía elaborado su plan y se les había anticipado en cierto modo. Cuando Kolwar llegó cargado con una pesada caja de madera que puso con mucho cuidado en el suelo, Zabala recobró la confianza. Aún tenían unos ases ocultos que podían jugar y sorprender al enemigo. A no ser que éste también tuviera otros…

Cuando sonó un estridente grito ampliado por el megáfono y que levantó lejanos ecos en el bosque, intuyeron que el ataque iba a dar comienzo.

Docenas de hombres salieron del bosque y corrieron hacia ellos.

Lanzaban gritos de guerra ininteligibles. Muchos vestían túnicas negras y agarraban rifles con bayoneta calada. Eran los que más corrían y chillaban, mientras que los guerreros del Delegado no parecían muy enfervorizados en el asalto.

Kolwar había ordenado que sólo disparasen cuando él efectuase el primer tiro. Levantó su metralleta y apuntó con cuidado sobre un grupo de dos túnicas negras y un guerrero. Apretó el gatillo, tableteó la metralleta y los tres hombres fueron abatidos. Seguidamente todos los demás rifles y armas de la expedición abrieron fuego.

Pero del bosque salían más grupos, casi todos de túnicas negras, que se abrieron para atacar el cobertizo desde varios puntos.

Tuvieron que arrojar las bombas que habían decidido utilizar sólo cuando la situación fuera insostenible. Kolwar pensó que ya lo era y

Zabala estuvo de acuerdo con él. Las sucesivas explosiones, aunque no alcanzaron a muchos, hicieron detener el ataque que concluyó en una retirada general hacia la protección del bosque. En el calvero quedaron tendidos bastantes cadáveres y sólo unos pocos atacantes consiguieron arrastrarse, heridos, a sus líneas.

Kolwar sacó el cargador vacío y metió otro con pesar. Las municiones eran escasas y no estaban en condiciones de resistir varios intentos como aquel recién abortado.

El sol ya había disipado las sombras del amanecer.

—Al menos no seremos sorprendidos hasta la noche —dijo Morell.

Dos soldados habían sido heridos y Ronco los atendía. No eran heridas graves, pero Zabala dispuso que mientras no fuera necesario debían quedarse a buen resguardo. Después miró a Kolwar y lo sorprendió con un gesto de preocupación que la intranquilizó.

—Estoy pensando —dijo Kolwar al preguntarle Zagala qué le ocurría — que si esos truhanes tienen morteros o granadas de mano pueden convertir en astillas nuestro refugio.

Zabala añadió mentalmente que también podían averiar los camiones y no sabía qué mal podía resultarles peor.

Otro ataque, masivo, fue desarticulado una hora después.

Durante la tensa calma, Ronco llegó arrastrando un extraño aparato construido en madera. Alborozado, explicó:

—Es una catapulta. Puede arrojar a unos doscientos metros un guijarro de veinte kilos de peso… o una granada una vez ajustado.

Kolwar lo estudió y sonrió a Zabala cuando ésta le preguntó si podía servirles.

—Claro que sí —añadió con entusiasmo. Lo llevó hasta la puerta y Ronco transportó la caja donde aún quedaba una veintena de granadas.

Kolwar hizo unas pruebas utilizando piedras con peso similar a las granadas. Cuando estuvo seguro de no fallar, puso la primera bomba de mano, quitó el seguro y disparó la catapulta. Tres segundos después ocurría una cárdena explosión entre los primeros árboles. Con los prismáticos, Zabala vio a varios enemigos correr.

Riendo, Kolwar usó su juguete ininterrumpidamente, consumió doce granadas y luego, a través del humo, vieron cómo los atacantes se retiraban.

—¡Eso no se lo esperaban! —gritó Ronco con su profunda voz.

Al poco rato escucharon cómo un motor arrancaba, lo que produjo en Zabala un gesto de fastidio.

—Hemos perdido el factor sorpresa —se lamentó—. Ahora serán avisados en la Fortaleza, que el diablo sabrá donde está y confunda.

Vio que Ronco y dos soldados más echaban a correr a través del calvero y Kolwar explicó:

—Van a intentar coger algún prisionero para interrogarlo.

Luego, la chica creyó percibir desde muy lejos escopetazos y algún corto tableteo de metralleta, pero fue tan débil que no comentó nada con su compañero Kolwar.

Capítulo VI

EN el comedor flotaba un silencio pesado. Los Medios, inclinados sobre sus platos, comían abstraídos, mirando de vez en cuando de soslayo a la pareja de Superiores, que con las largas porras en ristre estaban apostados junto a la salida.

Adrilt hizo un gesto de asco al encontrar un trozo inmasticable de carne. Lo apartó y preguntó a su compañero Spencer, sentado junto a él:

—¿Qué has averiguado de los niveles?

Sin levantar la mirada de su plato, Spencer replicó en voz baja:

—Los Superiores están nerviosos. Al parecer, a primeras horas de la madrugada, salió una expedición de castigo y no se tienen noticias. Además, Creon debe estar furioso porque para esta tarde está prevista la llegada de un grupo de chicas y teme que le ocurra algo. Creo que una aldea se ha sublevado o han llegado extranjeros que provocan disturbios.

—Miró a Adrilt—. ¿Sabes? Esto facilitará nuestros planes de fuga. Por ahora nadie se acuerda de Ranjal y demoran el momento de convertirlo en un idiota Sucio. Mejor, ya que como muy tarde nosotros intentaremos la fuga mañana o pasado mañana.

Adrilt asintió, tratando de ocultar el nerviosismo que sentía cada vez que hablaban de la fuga. Si eran sorprendidos, los Superiores no se limitarían a acondicionarlos, sino que los ejecutarían.

—He visto en el tablón que esta tarde debo subir a limpiar unos niveles. Me gustaría ver a las chicas, saber cómo son antes de convertirse en tristes y ajadas.

—Ésas que llegarán hoy aún tardarán mucho en descender hasta nuestro Lupanar. Se dice que antes han de parir, las que tengan mejor salud, nuevos engendros de Superiores —masculló escupiendo algo extraño que encontró en la turbia salsa.

El otro asintió. Aunque sólo eran rumores, se decía que aquellos bebés que no complacían al Sublime Creon eran designados como Medios, y si alguno nacía con deficiencias mentales incrementaba la nómina de los Sucios.

—¿Qué hay de las armas?

—Ya sé el momento preciso para coger algunas. El retén de guardia que divide nuestros niveles de los altos se aleja del cuerpo de guardia todos los días casi media hora. Es un cuarto que está cerca de los ascensores que conducen a los sótanos de las maquinarias.

Aquel lugar, pensó Adrilt, sólo era visitado por Superiores especialistas, que cuidaban los gigantescos monstruos mecánicos que depuraban el aire de la Fortaleza, producía la energía eléctrica y consumía los desperdicios irrecuperables y no aptos para el reciclaje.

—Estoy ansioso porque llegue el momento —afirmó.

* * *

El soldado apostado en el interior del bosque llegó corriendo para avisar que un grupo numeroso se acercaba. Cuando Kolwar recabó más datos, escuchó:

—No vienen en actitud hostil, señor —añadió el soldado intentando recuperar el resuello—. Son campesinos, unos doscientos o más. No estoy seguro, pero creo que al frente está ese llamado Pierjel.

En aquel momento se acercaba Zabala, con una sonrisa de satisfacción en sus hermosos labios.

—Hemos encontrado a las chicas. Se las habían llevado a una vieja casa en medio de los campos. Por los alrededores estaban los demás aldeanos y ya los hemos convencido para que retornen.

Kolwar contó lo que había visto el centinela y Zabala formó un grupo armado, dejando al resto al cuidado de la aldea. Luego se internaron en el bosque con toda suerte de precauciones.

Pronto escucharon el rumor de pasos, de cientos de pies caminando sobre las hojas caídas. Los soldados se abrieron en semicírculo y esperaron. De entre los árboles aparecieron los primeros hombres y Zabala reconoció enseguida al que iba en cabeza… y su tétrico trofeo.

Pierjel portaba una pica de madera en cuya punta estaba clavada una cabeza. Otros aldeanos sostenían más picas con iguales y macabros estandartes. Al verlos, se detuvieron y lanzaron gritos de júbilo.

Con una mueca de desagrado, Zabala observó los gestos de las cabezas, las crispadas facciones de los decapitados. La pica de Pierjel sostenía la cabeza de Marlee, con su horrible maquillaje manchado de sangre y los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—Sorprendimos a estos hijos de perra cuando huían despavoridos, extranjera Zabala —dijo estentóreamente Pierjel moviendo la vara, sin importarle la sangre que caía en sus ropas—. ¡Ninguno escapó! Yo mismo, de un tajo, abrí en canal a Marlee y luego le corté la cabeza. ¡Mira!

Señaló una docena de hombres que cargaban montones de armas capturadas, cintos con munición y bolsas de cuero que parecían pesadas. Hablando nerviosamente, Pierjel añadió:

—En medio del bosque, cerca del carril, hemos dejado cuatro vehículos, los que usaron los Superiores para llegar hasta aquí. No

sabemos manejarlos y hemos tenido que dejarlos allí —crispó el puño derecho—. Uno de ellos es un camión cerrado, el que suelen usar para llevar a la Fortaleza a las muchachas.

—Ellas están bien, Pierjel —dijo Zabala sintiendo náuseas ante el espectáculo, pero repitiéndose que aquellos hombres habían soportado mucho tiempo una despiadada tiranía y comprendía su violenta reacción al descargar tanto odio acumulado contra sus opresores.

Kolwar, de malhumor ante lo que estimaba como una salvajada, envió a cuatro soldados a recuperar los vehículos. Zabala se aseguró de que Pierjel no exageraba al afirmar que ningún Superior o guerrero del Delegado se había escapado. Se acercó otro aldeano y mostró con orgullo la pica con la cabeza de Erqueu, empapada en sangre.

Zabala consiguió convencer a Pierjel para que enterrasen a los muertos y echasen en la fosa las cabezas.

—Y ahora dime dónde está la Fortaleza —se humedeció los labios. Había llegado el momento difícil, el de decir a Pierjel que las chicas esperadas allí debían hacer acto de presencia en el redil de Creon.

Apenas lo escuchó, Pierjel y cuantos aldeanos lo oyeron quedaron pálidos y el nuevo jefe gritó:

—¡No! ¡Aunque me asegures que nosotros iremos detrás, sin dar tiempo a que un asqueroso Superior ponga sus manos en ninguna, no lo permitiré! No hemos luchado para que al final ellas terminen en la Fortaleza.

—Ten calma, Pierjel —pidió Zabala—. Hay doce chicas. Pediré voluntarias después de que les explique lo que deseo de ellas. Además, yo seré una más y me uniré al grupo. Así te convencerás de que no correrán peligro, que sólo queremos que las puertas nos sean abiertas.

Pierjel y los demás vacilaron. Sabían que mientras la Fortaleza existiera nunca estarían tranquilos. Además, con ellos estaban los hombres más decididos de la aldea que nunca se rindió a Creon y eran los más dispuestos a extirpar para siempre la amenaza. Pierjel les había contado lo que Zabala le expuso la noche anterior. Creon les mentía. Los campos no estaban contaminados, habían dejado de estarlo hacía tiempo, pero se los hacían creer para que a la Fortaleza siguieran llegando las cosechas, las reses, etc.

El hombretón terminó cediendo, así como los otros parientes de las elegidas, siempre que éstas se presentasen voluntarias. Luego, Pierjel añadió con pesar, y tal vez con algo también de alivio:

—No conocemos la entrada de la Fortaleza. Las elegidas son dejadas por el camión que se las lleva de las aldeas en un claro pequeño que existe al pie de las montañas, donde termina un camino que aún la maleza no ha cubierto. Sólo sabemos que, del interior de la Fortaleza, sale otro vehículo y las recoge. Es la tradición.

—Bien. Estudiaremos cómo ocultar todas las fuerzas que están dispuestas a pelear hasta el fin contra el falso todopoderoso Creon —dijo Zabala, pensando que sus palabras altisonantes podían entusiasmar a aquellos hombres nobles pero rudimentarios—. Yo iré, como las que quieran acompañarme, armada.

Pierjel la miró ceñudo.

—¿Y si ninguna quiere acompañarte?

La respuesta de Zabala fue terminante, pero hizo que Kolwar apretase los labios, no muy conforme con los planes de su compañera.

—Iré yo sola.

Kolwar había estado escuchando, pensativo y preocupado. Carraspeó y dijo:

—Creo que eso no saldría bien, Zabala. Modificaremos el plan para entrar en la Fortaleza. No es preciso arriesgar a unas pocas muchachas asustadas.

Zabala frunció el ceño, molesta porque su compañero disentía de sus opiniones. ¿Acaso Kolwar, cansado de que ella ostentara la jefatura, esperaba el momento para contradecirla e imponer su criterio?

—Habla. Si es justo tu plan se aceptará.

El hombre sonrió, pensando que debía provocar un momento en que pudiera decirle a Zabala que él no quería rebajar su autoridad, aunque tampoco estaba dispuesto a confesar que temía dejarla entrar sola en el cubil de Creon.

—Aunque no sabemos —dijo pausadamente— qué hay dentro de la Fortaleza ni cuántos sicarios están bajo el mando de Creon, sospecho que no son tantos como podríamos temer. Hemos examinado a bastantes de ellos, ¿no? Aún ignoran lo que ha pasado con su pequeño ejército de castigo. Podemos decir que todos los poblados se han levantado, y que éste atacó el camión que llevaba las chicas y yo, un hombre fiel del poblado de Ko'Koor, he conseguido llevar a mi Sublime Señor el presente que se merece. Tal vez consiga entrar contigo, Zabala. Morell podría tomar el mando y conducir la tropa cerca de la Fortaleza, así como a nuestros aliados. Ellos sólo esperarán el momento para entrar.

Zabala respiró profundamente y todos esperaron ansiosos su respuesta.

* * *

Los Superiores estaban malhumorados y por cualquier nimiedad golpeaban a un Medio. Maldecían a todas horas y se movían inquietos por los niveles.

Adrilt tuvo que presentarse en el centro de trabajo, junto con otros Medios para recibir órdenes. Estuvieron allí esperando un tiempo largo y

espeso, viendo salir y entrar a Superiores con gestos contraídos, armados y que los empujaban si se descuidaban y se cruzaban en su camino.

Al poco rato llegó Spencer y susurró a Adrilt:

—Me han escogido para ayudaros —sonrió—. Será estupendo porque así podré estudiar la salida.

—¿Qué se dice por ahí?

—Que los extranjeros han soliviantado a los fieles a Creon en los poblados. Aunque no lo admiten, los Supriores temen que haya habido lucha y sus compañeros hayan tenido muchas bajas.

Entró un Superior blandiendo una larga porra de cuero. Con gesto descompuesto les gritó:

—Vamos, moveos si no queréis que os muela las espaldas. Seguidme.

Los cinco Medios caminaron temblorosos tras sus pasos. Por el camino, túneles sombríos y húmedos, se cruzaron con bastantes Superiores que corrían de un lado para otro, los pechos cruzados por cananas repletas de municiones, pistola al cinto y rifles que aferraban con fuerza, como si con su contacto quisieran recobrar la serenidad.

Ascendieron por empinadas escaleras, pasaron por delante de ascensores que nunca se utilizaban y trotaron por pasillos largos y flanqueados por oscuras puertas cerradas.

Irrumpieron en una sala enorme, sumida parte de ella en la oscuridad, donde las luces del alto techo no llegaban para despejar la densa negrura de lo ignoto. Adrilt creyó ver unos bultos extraños, como grandes máquinas, monstruos de metal, paralizados desde años ha.

Junto a una compuerta de acero estaban varios Superiores, que a una señal de un jefe, procedieron a poner en marcha el diferencial, crepitaron las cadenas, chirrió el cabestrante y el portalón empezó a ascender hacia el techo.

La luz del exterior, poderosa y cegadora, fue filtrándose por la ranura que cada vez se hacía mayor. Un aire extraño para Adrilt y sus compañeros inundó el recinto con un olor fragante, fuerte.

—Es hermoso el exterior —susurró Spencer, mirando con arrobamiento la franja luminosa.

Adrilt contempló un fondo brumoso con destacados tonos verdes y ocres. Verde de los árboles, de la hierba, y ocre de las rocas de la ladera. Y un trozo de increíble azul salpicado de manchas blancas, el cielo, entre mítico y misterioso para los Medios, de entre quienes salió algún grito entrecortado de asombro y miedo.

Salieron varios Superiores precipitadamente, cuando aún la compuerta no había sido izada del todo, corriendo y perdiéndose entre el resplandor de una nube de polvo que caía, provocando al atravesar los rayos solares una escena sobrenatural, casi fantasmal.

El tiempo pasó lentamente. Tal vez tardaron los Superiores que

salieron una media hora en volver. Con ellos llegaron dos personas, las que eran rodeadas por ellos con recelo. Una voz chilló y la compuerta fue descendiendo, cortando en la gruta la entrada de aire fresco y oloroso, sumiéndolos otra vez en la cautividad de la montaña.

El Superior con la insignia de jefe se adelantó furioso hacia los desconocidos. Cuando Adrilt los miró se quedó con la boca abierta. Uno era un hombre, cubierto de harapos que poco le faltaba para caer de hinojos. Pero le preocupó poco aquel asustado aldeano, interesándose por la otra persona, una mujer que pese a sus pobres vestidos le obligó a estremecerse ante su increíble belleza, disminuida por el gesto de miedo que la acongojaba.

—¿Sólo una mujer? —estalló el jefe. Señaló al aldeano—. ¿Y éste? ¿Por qué lo habéis introducido? ¿Habéis olvidado que sólo el Delegado o Marlee pueden entrar en la Fortaleza?

—Señor, este hombre trae consigo graves noticias, desastrosas nuevas —explicó un Superior—. Estuve a punto de matarlo, pero empezó a hablar y pedir por su vida.

—¿Qué ha dicho?

El Superior que mandó el grupo al exterior tomó asiento y dijo:

—Han matado a nuestros compañeros, a Marlee, al Delegado Erqueu y a cuantos guerreros de su escolta personal quisieron defenderles.

—¡No es posible!

—Es lo que afirma este hombre, señor. Por eso no le he degollado afuera. Si lo deseas puedo hacerlo ahora.

Adrilt lo contemplaba todo como si viviera una pesadilla. Vio que el aldeano dejó de temblar y por un momento presintió que fuera a echar a correr, pero se contuvo y siguió con sus temblores cuando el jefe, tras pensarlo, dijo:

—Está bien. Encerradlo por ahora. Tal vez Creon quiera interrogarlo más tarde. ¡Sólo una mujer! No me gustaría ser yo quien tenga que dar al Sublime tan malas nuevas, pero me temo que no me queda otra alternativa.

—¿Y la mujer? ¿La llevamos con las demás?

—De ninguna manera. Por el momento estará bajo vigilancia. Creon decidirá. Tendrá que explicar por qué ella sola ha venido y también por qué las otras once no se han presentado.

—Ese asqueroso aldeano estuvo a punto de ser matado por los sublevados, jefe —añadió el Superior—. El muy estúpido apresó a esta mujer y la arrastró hasta aquí porque sabía que era una de las elegidas por Creon. Ha de pensar que este gesto suyo le valdrá para ser admitido en la Fortaleza para siempre.

El jefe soltó una carcajada y pegó un puntapié al aldeano, que cayó al suelo convertido en un ovillo.

—Si acaso se libra de la muerte terminará abajo del todo, con los Sucios, eso en el caso de que sea afortunado.

Adrilt escuchó que el hombre y la mujer serían llevados al nivel donde disponían de celdas preventivas, en el mismo donde estaba encerrado Ranjal. Se volvió para mirar a Spencer y éste se encogió de hombros, no comprendiendo lo que Adrilt quiso expresarle con los ojos.

Pero el muchacho tenía en ebullición la cabeza, donde danzaban mil pensamientos y deseos y, sobre todo, la belleza serena de la muchacha, a quien siguió con la mirada hasta que desapareció por el túnel, seguida del hombre y empujados los dos por nerviosos Superiores.

Los Medios no tenían ningún trabajo ya en la sala de entrada y un Superior les ordenó desabridamente que se largasen.

Spencer y Adrilt fueron rezagándose, hasta que dejaron de ver a sus compañeros de casta. Saltaron a un pasillo estrecho que apenas se utilizaba y allí se ocultaron un rato. Luego se pusieron en marcha, recogieron en una habitación llena de suciedad sus hatillos y se dirigieron al nivel de las celdas. Ninguno había hablado nada, pero ambos sabían que el momento de actuar había llegado.

Capítulo VII

SENTADOS en el suelo, los dos hombres esperaron el momento.

Spencer sacó dos cuchillos, afilados y de agudas puntas. Entregó uno a su amigo y dijo:

—No dudes en usarlo. Si saltas sobre un Superior debes hundirlo en la garganta hasta el puño. No permitas que luche. Si suena la alarma antes de que lleguemos a la salida estamos perdidos. ¿Estás dispuesto?

Adrilt sintió un nudo en la garganta y movió la cabeza afirmativamente. Tomó el puñal y se le erizaron los cabellos al notar el frío acero.

Se levantaron y anduvieron por el pasillo hasta llegar a la esquina.

Spencer asomó la cabeza. Al otro lado, apoyado contra la pared, un Superior vigilaba las celdas.

Resueltamente, Spencer echó a caminar. Al verlo llegar, el centinela se enderezó y de sus ojos desapareció el aburrimiento. Cogió el fusil y apenas apuntó con él al Medio que se le acercaba.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —preguntó.

—Señor, he visto a alguien durmiendo en ese pasillo. Creo que es un Sucio.

El centinela arrugó la frente. Aquello era más insólito que ver a un Medio en un nivel prohibido para los de su casta.

De mala gana echó a andar y dio la espalda a Spencer, quien sacó su cuchillo y con un rápido movimiento asestó un tajo al cuello del hombre. Cortó un trozo de paño de la túnica negra y luego un borbotón de sangre la tiñó de rojo, cuando aún su dueño no terminaba de caer, doblando lentamente las piernas.

El Superior cayó pesadamente en el polvoriento suelo de hormigón. Spencer le arrebató el fusil y el cinto con las municiones. Adrilt salió del escondite y miró al caído.

—¿Lo has visto? —sonrió Spencer, contemplando el arma con deleite —. El golpe ha de ser seco. Así no pueden chillar —se volvió para mirar las puertas de las celdas—. Creo que Ranjal está en la primera.

Cogieron las llaves y mientras Spencer procedía a abrir la más cercana, Adrilt tomó las otras y empezó a mirar por las mirillas. En la celda siguiente estaba la mujer. Nervioso, abrió la cerradura y empujó la puerta.

Al entrar, la mujer se puso en pie y Adrilt parpadeó confuso. No era

la cara de una campesina atractiva quien le miraba, sino el rostro decidido de una persona decidida a todo, unos ojos inteligentes que le estudiaron a fondo.

—¿Quién eres? —preguntó la mujer.

Zabala no esperaba que allí entrase uno de los hombres que en la Fortaleza parecían sufrir una cierta marcación y se distinguían externamente por sus vestiduras pardas.

—Soy Adrilt —susurró el muchacho sin conseguir apartar la mirada de la prisionera.

Ella hizo memoria y recordó haberlo visto cerca de la entrada, formando parte de un grupo de los llamados Medios, unos seres que sobresalían por su docilidad y constante miedo que marcaba sus pálidos rostros.

—¿Dónde está Kolwar? —preguntó la mujer mirando por encima de los hombros de Adrilt.

—¿Quién es?

—El hombre que vino conmigo.

—No lo sé… Tal vez en la celda siguiente…

Zabala lo apartó con suavidad para salir. Al ver en el corredor al centinela degollado se quedó un instante quieta, pero tomó las llaves que colgaban de la cerradura y abrió la siguiente puerta. Asombrado, Adrilt se relegó a mero espectador atónito, y vio que salía el aldeano, ahora sin gesto de cretinismo alguno y en cambio empuñando con decisión una pistola de largo cañón y gran cargador.

En aquel momento, como una furia, surgió Spencer de la celda de Ranjal, gritando:

—¡Se lo han llevado! —Se quedó en silencio al descubrir a la pareja —.

¿Por qué los has liberado?

—¿Quién es ése? —preguntó Kolwar vigilando a Spencer, a quien enseguida lo calificó como peligroso por sus gestos.

—Aún ignoro la identidad de nuestros inesperados salvadores —sonrió Zabala.

—No podemos dejarla aquí, Spencer —exclamó Adrilt.

—Los campesinos son torpes y sólo nos causarían problemas, muchacho. ¿Es que una cara bonita te ha conmovido? —empezó a bajar el fusil—. Eh, vosotros, volved adentro.

Kolwar estaba detrás de la chica y Spencer no había visto el arma que sostenía. Al adelantarse, el compañero de Zabala no permitió que ésta fuese empujada.

Spencer intentó reaccionar con violencia y alzó el rifle para descargarlo sobre el cráneo de Kolwar.

Spencer lo vio a continuación todo a través de un vértigo, una

sucesión de imágenes sin sentido. Fue agarrado por un brazo y levantado en el aire. Cayó de espaldas en el suelo, le fue arrebatado el rifle y desde allí vio una sonrisa burlona en la cara del nada embrutecido campesino. Lo que más le dolió fue comprobar que la chica también sonreía, con los brazos en jarras.

—Son buenos chicos, Kolwar —dijo ella—. Creo que podríamos sostener una conversación si encontramos un lugar donde hablar sin que nos interrumpan.

El falso campesino se agachó y apartó el rifle de Spencer, que empezó a levantarse sin el menor deseo de recuperarlo. Aún no se explicaba cómo el otro, sin apenas esfuerzo, lo dejó fuera de combate.

—Cerca de aquí hay un pasillo que conduce a una sección abandonada —dijo Adrilt en voz baja, sin conseguir apartar la mirada de Zabala.

—Vamos allí —dijo el hombre—. Me llamo Kolwar y espero no equivocarme si os considero mis amigos.

Les tendió la mano. Adrilt se la estrechó primero y luego lo hizo Spencer, mordiéndose los labios para aplacar el dolor.

* * *

Una tenue llama de una lámpara de aceite era la única luz que los alumbró mientras cambiaron información, recuerdos y proyectos. Durante casi una hora hablaron rápidamente y se escucharon mutuamente con gran interés.

—Esto debe ser el depósito militar que descubrió Leser en los viejos informes del mando aliado —dijo Zabala.

—Sí, no hay duda alguna —convino Kolwar—. Estos chicos pensaban escapar. Creo que podemos unirnos y abrirnos paso los cuatro.

Zabala entrecerró los ojos y Adrilt lamentó que lo hiciera porque no se cansaba de contemplar aquel tono verdoso, que incluso con la pobre luz de la llamita parecía brillar con fuego interno propio. Tras meditar un momento, la chica dijo:

—Podemos resumir la situación. Los Medios, la población más numerosa de la Fortaleza, pueden ayudarnos a dominar a los Superiores. Sería necio contar con los llamados Sucios, la escoria de esta extraña comunidad. Pero salir de aquí no será tan fácil. Propongo que alguien lo haga mientras los demás promovemos tales disturbios que los Superiores se volverán locos. Ahora están nerviosos y son fáciles de confundir. Además…

Esbozó una sonrisa.

—Además —continuó—, el principal personaje de esta ridícula población, Creon, debe recibir una atención especial por nuestra parte.

Estos amigos nos han dicho cuál es el camino que puede llevarnos a las habitaciones privadas de ese dictador de opereta.

Miró a Adrilt y el muchacho se sonrojó.

—Tú debes salir, amigo. Cerca de aquí encontrarás a nuestros compañeros, seres extranjeros en esta región como yo y Kolwar. Están en compañía de aldeanos capaces de luchar por su libertad. Con ellos dentro de la Fortaleza no habrá quien nos pare y podemos dominarla dentro de unas horas.

—¿Qué haremos nosotros mientras tanto? —preguntó Kolwar. Había sacado sus cargadores, ocultos hasta entonces entre los harapos que le cubrían, y los estaba colocando en una bolsa para tenerlos más a mano.

—Haremos creer a los Superiores, una vez que Adrilt esté en el exterior, que en la Fortaleza se ha infiltrado más gente que lo que pensaban en un principio. Con Spencer, gran conocedor de los corredores y niveles, podemos desorientarlos. Luego, cuando estén más ocupados, haremos prisionero a Creon. Con semejante rehén podríamos conseguir que los nuestros, cuando entren, no tengan que luchar. Ah, Kolwar, ¿viste lo que había cerca de la entrada?

Kolwar asintió. Aunque estaban sumidos en las penumbras, pudo atisbar y sentir su corazón saltar al ver que allí había docenas de tanques, vehículos blindados, camiones, coches… ¡Y en los niveles podía haber tantas cosas que aquellos bastardos no utilizaban…!

Mientras tanto, Zabala sonrió interiormente, un poco turbada ante las insistentes miradas que aquel muchacho pálido le dirigía.

Era un triste caso, una derivación de los tenebrosos tiempos del Desastre, que había sumido una hermosa región en la ignorancia. Seguramente, los dirigentes de la Fortaleza, descendientes de los jefes militares, malinterpretaron, conscientemente o no, las órdenes que tenían para ayudar a la población en caso de conflicto.

Quizás la zona alrededor de la Fortaleza quedó ligeramente contaminada y en un principio exigieron a los campesinos que todos los alimentos les fueran llevados para someterlos a análisis y depuraciones si era preciso. Allí no había mujer alguna y pidieron algunas, que acudieron voluntarias. Con el paso del tiempo la ligera radiación desapareció, pero los nuevos jefes del recinto siguieron haciendo creer a los aldeanos que debían continuar entregando las cosechas y las reses antes de sacrificarlas. Y la solicitud de mujeres no fue hecha amablemente, sino impuesta con severidad. Y comenzó el período de duro control, que acabó sumiendo en la misma Fortaleza a algunos de sus miembros a los trabajos más ingratos, al establecimiento de castas y supersticiones.

Y Creon, como un semidiós, se erigió en dueño y señor de cuerpos y territorios cercanos.

—Debe ser ya de noche —dijo Zabala poniéndose en pie—. Seguramente descubrirán pronto la muerte del centinela. Nosotros debemos actuar antes para que la sorpresa sea efectiva.

Spencer dijo que ellos tenían el proyecto de robar algunas armas.

Kolwar miró a los Medios preguntándose si éstos sabrían utilizarlas. Como si le hubiera leído el pensamiento, Adrilt aseguró:

—Sabemos manejarlas. Hace tiempo los Superiores nos obligaron a aprender porque se temió una revuelta total en los valles y pensaron utilizarnos como fuerza de choque. Al final el asunto pudieron solventarlo sin nuestra ayuda, pero muchos de nosotros adquirimos esos conocimientos.

Salieron del túnel y regresaron a los corredores iluminados. Spencer se adelantó y volvió cargando tres metralletas y un subfusil, además de un saco lleno de peines y bastantes cartuchos sueltos.

—Todavía no han descubierto el cadáver —susurró Spencer mientras metía el curvado cargador en su metralleta, a la que acarició con deleite.

Durante el recorrido hasta el nivel superior donde estaba el portalón y la explanada con los vehículos, sólo se toparon con un Superior, de quien Kolwar dio buena cuenta y dejando otra vez asombrado a Spencer con su habilidad para deshacerse de un corpulento hombre con un simple golpe dado con su mano plana.

—Me gustaría saber luchar así —dijo Spencer lleno de admiración. Kolwar rió y dijo:

—Seguro que lo harás… cuando termine esto.

Apostados detrás de un pesado tanque escudriñaron los alrededores de la salida. Muy pegada a Adrilt, Zabala fue explicándole lo que debía hacer para izar la pesada puerta.

—Una vez liberado el tope, las cadenas alzarán el contrapeso y apenas se abra una rendija que te permita pasar, no lo dudes y hazlo. Luego echa a correr ladera abajo. A unos quinientos metros de la explanada debes pararte y avanzar con los brazos en alto. —Le entregó un papel doblado—. Pregunta por Morell y le das este escrito.

Había cinco hombres que montaban guardia cerca de la salida, sentados alrededor de una mesa. Habían terminado de comer y bebían unas copas mientras charlaban perezosamente. Kolwar ya los tenía en el punto de mira de su metralleta y sólo esperaba que Zabala le dijera que Adrilt estaba dispuesto. Miró al muchacho, no muy convencido de que aquel empalidecido Medio pudiera llevar adelante un acto semejante.

Zabala notó el ligero temblor de Adrilt cuando ella le estrechó la mano. Quiso pensar que era un poco de miedo, y para animarlo le estampó un beso en los labios.

Detrás de ellos, Kolwar soltó una risa queda y apretó el gatillo. La

ráfaga sonó como un prolongado trueno, levantando ecos aullantes. Cerca de la entrada, cinco figuras fueron destrozadas por el plomo y cayeron arrastrando la mesa y los bancos de madera.

Como impulsado por un resorte, Adrilt corrió hacia la maquinaria, quitó el tope y las cadenas se pusieron en movimiento. Cuando el portalón apenas se hubo alzado medio metro se tiró al suelo, rodó y se perdió en la oscuridad de la noche.

A continuación, Zabala se dirigió al diferencial e invirtió la marcha.

La puerta volvió a caer pesadamente. Regresó con sus compañeros después de asegurarse que los cinco centinelas estaban muertos. Cuando acudieran más Superiores no podrían pensar que alguien había salido, sino supondrían que el intento de fuga no se había llevado a cabo.

Kolwar acarició el tanque junto al cual había estado.

—Me gustaría montar en uno de éstos y desde aquí defender la entrada. Con uno solo los Superiores no serían capaces de asomar sus feas cabezas —sonrió.

—Yo he pensado ya en eso, cariño —rió Zabala—. Pero no hay gasoil en sus depósitos ni municiones cerca. Todo eso debe estar en otro lugar. Creo que estos tipos han degenerado tanto que no son capaces de ponerlos en marcha.

—Juro que yo me atrevería a moverlos —afirmó Kolwar.

—No lo dudo, pero ahora debemos pensar en largarnos de aquí. El estruendo de los disparos habrá despertado incluso a Creon. Spencer…

Zabala quedó confundida al no ver a su aliado. Kolwar le aseguró que hacía unos minutos estaba detrás de él.

—Ya entiendo —gruñó el hombre—. Quería rescatar al llamado Ranjal.

—Entonces ha debido bajar hasta los niveles donde los Superiores someten a los rebeldes a un proceso que llaman de Acondicionamiento y no debe ser otra cosa que una operación de lobotomía. Debemos encontrarle.

Kolwar la agarró por un brazo.

—Déjalo. No le encontraríamos. Spencer puede armar un jaleo tan grande allá abajo que para nosotros será fácil llegar hasta Creon.

Por un momento Zabala estuvo a punto de replicarle con acritud, pero luego pensó que Kolwar tenía razón. Sería imposible alcanzar ya a Spencer, y ellos tenían otra misión que cumplir.

Regresaron al túnel ocultándose en las sombras, apartándose de los lugares donde llegaba la difusa luz. Desde allí vieron a muchos

Superiores llegar corriendo, armas en ristre, mirar con asombro a sus compañeros caídos y luego dispersarse por todas partes, buscando como perros de caza.

—Tardarán mucho en darse cuenta de lo que pasa, si es que sus

cuadradas cabezas son capaces de pensar con imaginación —susurró Kolwar.

Reptaron un rato y bajaron por la rampa siguiente hasta el nivel inferior. De nuevo tuvieron que ocultarse en un recodo ante la llegada de un nuevo pelotón de Superiores. Kolwar montó su metralleta y dijo:

—Echaremos una mano a nuestro amigo Spencer.

Y sin más apretó el gatillo y provocó una gran conmoción en el grupo de acólitos de Creon que ya les daba la espalda, rodaron varios por la rampa, resbalaron otros por la sangre de sus compañeros y los pocos que atinaron a revolverse contra el agresor se encontraron con dos furiosas metralletas que vaciaron sus cargadores en segundos.

Zabala miró a través de la nube de los disparos que sólo dos o tres se movían heridos y dijo un poco enfadada a su compañero, pero al mismo tiempo risueña:

—Seguro que esto distraerá a tantos Superiores que Spencer podrá liberar a su compañero Ranjal, aunque nosotros nos echemos a nuestras espaldas a todos cuantos enemigos tenemos en la Fortaleza.

—¡Y pensar que creyeron ver en ti a una asustada aldeana que pronto complacería a Creon y sería la futura madre de uno de sus hijos, Superior en ciernes! Por cierto, ¿qué aspecto tendrá Creon?

—Si nos damos prisa pronto saldremos de dudas. El camino es por ahí.

Señaló el final de la rampa, un túnel que se abría. Allí encontraron varios ascensores, que después de dudarlo, desecharon, y recurrieron a las penosas pero siempre más seguras escaleras.

Capítulo VIII

LOS dos hombres terminaron de atar al prisionero sobre la cama y uno de ellos llenó una jeringuilla, con la que se acercó, sonriendo con burla, al desdichado que, atado, lo contemplaba.

—La operación será rápida y no sentirás nada —rió—. Claro que, cuando despiertes aún sentirás menos, porque no serás un hombre, sino un despreciable Sucio que se arrastrará toda su vida en los niveles llenos de mierda.

Ranjal se debatió unos instantes, hasta que las correas se clavaron en sus carnes. Agotado, se quedó quieto y con la mirada clavada en la aguja que se acercaba a su brazo desnudo.

De pronto, la puerta se abrió y una violenta sombra irrumpió, sonaron tiros, el hombre que le iba a inyectar cayó sobre él con el pecho atravesado, y el otro trató de huir y quedó apoyado contra la pared después de unos disparos, de donde fue resbalando, quedando un rastro rojo que pintó a su espalda.

Spencer desató a su compañero y le entregó un fusil que llevaba terciado a la espalda. Con rápidas palabras intentó ponerle al corriente de lo que pasaba.

—Arriba luchan nuestros nuevos amigos, Ranjal —siguió diciendo Spencer con vehemencia—. Tenemos que ayudarles. Ellos provocarán disturbios, pero si nosotros actuamos desde aquí dividiremos a los Superiores y la ayuda que esperamos del exterior podrá entrar sin más problemas.

Ranjal tomó el fusil y miró perplejo a su amigo, como si aún no creyese que estaba libre… por el momento.

—¿Quién les abrirá la puerta? —preguntó, recordando que Spencer le había dicho que ésta volvió a quedar cerrada.

Spencer rió.

—Bah, ellos tienen explosivos para volarla desde afuera. Vamos. Salieron de la mugrienta enfermería y se dirigieron hacia los dormitorios de los Medios, a quienes confiaban convencer para que se unieran a la lucha contra los Superiores.

Sorprendieron a dos sicarios de Creon durmiendo en la siguiente habitación. De sendos tajos, Spencer los degolló. Cogieron las pistolas y salieron.

Luego entraron en los dormitorios. Allí dormían unos ochenta Medios, que empezaron a despertar cuando Ranjal encendió todas las

luces y comenzó a gritarles.

Spencer se subió a una cama y atrajo la atención de todos.

—Compañeros, éste es el momento de combatir, de luchar por nuestra libertad y unirnos a nuestros hermanos del exterior, que al fin se han decidido a poner fin a la brutalidad de Creon.

Arrojó las armas que le sobraban y gritó:

—Podemos tomar muchas como éstas, tantas como Superiores vayamos matando. Arriba, dos personas van a hacer prisionero a Creon. Nuestro compañero Adrilt ha salido de la Fortaleza y regresará pronto con cientos de aldeanos armados y muchos extranjeros que han llegado de muy lejos para acabar con las mentiras que reinan en estos territorios.

Calló y aguardó unos instantes. Muy despacio un Medio se acercó a las armas del suelo y cogió una pistola, la miró y luego de un salto se puso al lado de Spencer, lanzó un grito y dijo:

—¡Muerte a Creon!

* * *

Al final de la escalera, en un ancho descansillo, Zabala se detuvo e hizo un gesto a Kolwar para que caminase con cuidado.

—Hay gente cerca —susurró.

—¿Son los guardias personales de Creon?

—Tal vez. Cuento cuatro. ¿Plomo o cuchillo?

—Cuchillo —sonrió Kolwar. Empuñó su puñal, de hoja ancha y muy afilado.

Colocaron las armas contra la pared. Zabala hizo un guiño a su compañero y caminó hasta los guardianes, se volvieron éstos y quedaron llenos de asombro al ver a la mujer dirigirse a ellos con toda naturalidad.

No había llegado hasta allí el ruido de los combates aislados que se sucedían en las profundidades y los Superiores que vigilaban la entrada a las dependencias de Creon no supieron qué pensar.

—¿Qué hace aquí…? —empezó preguntando uno.

Zabala se había detenido a un metro de él, dejó de sonreír y su pierna derecha se movió como un rayo. El golpe rompió la mandíbula del centinela, lo arrojó contra otro y cuando los restantes fueron a reaccionar, Kolwar saltó ante ellos emitiendo un prolongado grito. Tenía el cuchillo en la mano derecha, se lo pasó a la izquierda y con el antebrazo contuvo el culatazo, asió el rifle y se lo arrebató a su dueño.

Kolwar sonreía, amagó, hizo retroceder al Superior y luego se revolvió propinando un puntapié en el estómago de quien pretendía ensartarle con la bayoneta. Con el cuchillo trazó un movimiento y el tajo

casi decapitó al guardián.

Mientras, Zabala dejó fuera de combate a un Superior y el otro pretendía ensartarla con la bayoneta larga ajustada a la boca del cañón de un viejo fusil, un máuser. Ella eludió el acero varias veces, saltó detrás del aturdido contrincante y lo golpeó en el cuello con el canto de la mano. Lo vio desplomarse como un fardo y sonrió a su compañero, quien se aseguraba de que ninguno podía causarles molestias. La chica meneó la cabeza, como si tanta sangre la fastidiara.

—Un trabajo sucio, Kolwar —dijo sonriendo.

—No es el momento para andarse con remilgos —gruñó Kolwar.

Recuperó las armas y miró la puerta cerrada, dobles hojas de acero.

—¿Seguro que es aquí donde el honorable Creon tiene su cubil?

—preguntó Zabala.

—Si Spencer no se equivocó… Con mirar saldremos de dudas.

Empujaron las puertas y entraron en un salón alfombrado. Apenas avanzaron un par de metros, Zabala percibió un ligero movimiento en una cortina del fondo. Mientras advertía a Kolwar gritando, se arrojó al suelo. Aún rodaba y veía cómo su compañero hacía lo mismo, cuando una larga ráfaga de ametralladora trazó un camino de plomo sobre sus cabezas.

Zabala gateó hasta refugiarse detrás de un pesado mueble. Desde allí vio que Kolwar hacía lo mismo en otro parecido, exactamente enfrente de ella. En ambos se estrellaron nuevas ráfagas que casi los convirtieron en astillas. En una breve pausa, la chica gritó a su compañero:

—Van a freírnos aquí, cariño ¿Conservas aún tu botella de coñac? Kolwar asintió de mala gana. Los Superiores habían sentido tanto asco hacia él y su falsa suciedad que ninguno lo registró. Sacó una botella en forma de petaca, quitó el tapón y metió dentro un trozo de tela de su camisa, que prendió fuego. Sacó la mano fuera del deteriorado mueble y la lanzó rodando por la alfombra.

La botella dejó un rastro de fuego, pero al llegar a las cortinas tras las cuales estaba montada la ametralladora sobre un trípode y manejada por dos hombres estalló en una bola ígnea.

Las viejas cortinas se prendieron fácilmente y enseguida salieron de allí los servidores del arma; intentaron alcanzar una puerta cercana, pero desde el otro lado les dispararon. Los dos Superiores cayeron de bruces y luego se escuchó el cierre seco de una llave.

—Vamos —dijo Zabala saliendo del refugio.

Corrió seguida de Kolwar. La puerta que había impedido la huida de los dos acólitos de Creon era de madera y bastó una corta ráfaga para que el cierre saltara hecho pedazos.

La bota de Kolwar abrió la puerta y se echaron a un lado, temiendo disparos desde el otro extremo. No pasó nada y el hombre atisbó con

recelos. Se encogió de hombros, miró a la mujer y de un salto se plantó amartillando el arma.

El hombre que pretendía huir quedó quieto al ver a Kolwar, quiso volverse y el salto quedó sin consumar, rodó sobre una mesa, volcándola en la caída y bajo ella yació con la mirada sin vida y la cintura casi rota por los disparos de Kolwar.

La pareja avanzó precavida por la habitación, con la mirada puesta en la entreabierta puerta del fondo. De pronto una voz surgió por unos ocultos altavoces y se quedaron paralizados:

—¡Quietos, malditos profanadores!

—¿Dónde estás y quién eres? —preguntó Kolwar.

Tras una pausa, la voz dijo desgarradoramente:

—¡Soy Creon, protector y amo de los hombres, su cuidador, velador y dueño de vidas y almas!

—Eres un fantoche —masculló Zabala.

Pensó que habían dejado atrás mucha sangre para ahora retroceder ante la voz amplificada por unos potentes altavoces. Pero la puerta frente a ellos seguía pareciéndole la entrada al infierno.

Resueltamente, la empujó con el cañón de su metralleta y se quedó mirando.

Escuchó a Kolwar decir a su lado:

—¡Vaya cerdo!

Capítulo IX

DELANTE tenían una sala circular, sumida en penumbras excepto en el fondo, donde un foco amarillo marcaba con un círculo estrecho una enorme figura sentada en un amplio butacón.

—Efectivamente, un cerdo —murmuró Zabala—. Pero un cerdo con apariencia de hombre.

¿Creon?

Sí, debía ser el dueño de la Fortaleza, el amo absoluto de los desgraciados que se debatían en el fango de los niveles inferiores, de los esforzados Medios que limpiaban los túneles, reacondicionaban innecesariamente los alimentos y se conformaban con los desperdicios de los Superiores. Allí estaba Creon, odiado y temido en el exterior, en cuantas aldeas dependían de él, de sus decisiones de loco.

Un ser de casi doscientos kilogramos, una figura grasienta, carne fofa que dificultosamente sostenía un debilitado esqueleto que precisaba de una silla de ruedas con un pequeño motor eléctrico acoplado.

El rostro de Creon, enorme y con increíbles papadas, se agitó, mirando a los invasores con estupor y rabia. Levantó una mano regordeta y señaló con un dedo a Zabala y Kolwar.

—Mi ira caerá sobre vosotros y lamentaréis haber nacido, sacrílegos bastardos —rugió por medio de los altavoces.

—No nos impresionas, Creon —dijo Zabala con altanería.

Miró que detrás del dictador de la Fortaleza había una serie de pantallas de televisión. Sólo dos de ellas funcionaban y mostraban en borrosas imágenes otras tantas partes de algún nivel. Zabala pensó que si todas hubieran estado en condiciones ellos nunca habrían podido llegar hasta el sacro recinto de Creon.

Debido a la extraña iluminación de la estancia no supo qué era, pero notaba algo extraño allí. No podía ver con claridad a Creon, como si éste estuviera rodeado de un halo semitransparente.

—Creon, tu reinado de terror ha concluido. En los valles los hombres se han rebelado y adentro los Medios tratan de ganar su libertad ascendiendo por los niveles hasta alcanzar el exterior, ganar la luz que les ha estado negada desde que nacieron de mujeres de las aldeas y fueron estigmatizados por ti y arrojados a las ínfimas condiciones de vida de esta comunidad, que tú creaste guiado por tu locura.

—¡No! Vosotros seréis los que vais a morir. Estoy llamando a mis hombres, a mis fieles Superiores. Ellos os matarán en medio de mil

sufrimientos.

—Acabemos de una vez con esta farsa —rezongó Kolwar. Zabala avanzó un paso y dijo:

—Creon, vengo de lejanas tierras y pronto toda la montaña estará rodeada por las tropas regulares de Koremi el Grande, quien te protegerá, pese a los crímenes e injusticias que has cometido. Esta región podrá acogerse a la protección de mi jefe si lo desea. Si es así, tus delitos serán juzgados por nuestras leyes. —Apretó los labios y añadió—: Unas leyes que siento sean demasiado benignas para ti.

—¡Yo seré quien os condenará, sin juicio alguno, porque aquí soy el amo absoluto! Deponed vuestras armas y quedad de rodillas ante mí…

Zabala movió la cabeza, reconociendo que era imposible dialogar con un loco como Creon. Estaban perdiendo el tiempo.

Pero Kolwar estaba más impaciente que ella y Zabala no pudo reaccionar para impedirle que disparase contra Creon.

Los disparos silbaron agudamente y se perdieron en el elevado techo después de rebotar en el cristal blindado. Zabala comprendió entonces qué era el misterioso reflejo que emitía la luz alrededor de Creon.

Aquel viejo cebado estaba bien protegido.

—Necesitaremos algún explosivo para sacarlo de aquí —dijo Kolwar, rojo de rabia, un poco avergonzado por no haberse dado cuenta de la existencia del cristal.

—Debe haber otra entrada.

Al otro lado de la transparente protección, Creon estalló en carcajadas, agitando su barriga en cada risotada convulsiva.

—Lo estrangularía —gruñó Kolwar. Miró el cuello de Creon y agregó—: Claro que necesitaría ayuda, ¿no?

—Vámonos. Este espantajo no causará problemas ahora —pidió Zabala—. Recuerda que debemos ayudar a los nuestros a entrar.

Confiemos que Adrilt haya sabido hacer su trabajo.

Antes de marcharse echaron un último vistazo a Creon, quien dejó de reír y volvió a proferir amenazas, una sarta de insultos contra los profanadores de su recinto.

Y ya estaban en la sala cuando por medio de los altavoces Creon pareció recobrar el aliento y decir algo coherente:

—¡Nadie escapará de aquí! La Fortaleza, el centro sagrado de Creon y sus antepasados, los sabios administradores, será una hoguera donde arderán los descreídos.

Sólo cuando estuvieron en el nivel de la entrada, con el fragor de una sorda batalla lejana martilleándoles los oídos, Zabala tuvo una funesta premonición.

—Nunca echemos en saco roto las amenazas de un loco como Creon.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Kolwar viendo cómo apenas había

una docena de nerviosos Superiores custodiando la salida.

—Creon aún conserva ciertos poderes en su redil. Me refiero a controles, a dispositivos que puede accionar por control remoto.

—Olvídalo y presta atención a ésos. Son muchos para que nosotros podamos abrir la fortaleza a nuestro pequeño ejército del exterior.

Estaban apostados en el fondo del garaje, subidos en un tanque de cincuenta toneladas, con pocas municiones y cansados los dos.

De pronto, en la espaciosa sala, irrumpió un pelotón de hombres con túnicas negras. Empezaron a tomar posiciones, enfilando sus armas hacia los túneles que terminaban allí.

—¿Qué pasa ahora? —inquirió Kolwar.

—Mira —apuntó Zabala.

De un túnel salió una riada de hombres, medio armados con las más diversas armas, escopetas, rifles, pistolas… y garrotes, barras de acero y herramientas diversas, una masa ululante y enfebrecida, con las manos manchadas de sangre y rabia en los ojos.

Pero el ataque era ciego y desde sus posiciones los Superiores abrieron un cerrado fuego que fue abatiendo las primeras filas de Medios enloquecidos por la victoria que suponían al alcance de sus manos, sobre todo sabiendo que habían llegado al nivel donde estaba el pórtico de escape.

Sabían que su intervención de poco podía servir, si no era para delatar que estaban allí y atraer parte del fuego de los acólitos de Creon, más Zabala y Kolwar no pudieron contenerse y usaron sus metralletas.

Efectivamente, un grupo de Superiores cambió la dirección de sus disparos y las balas empezaron a rebotar metálicamente en el tanque que les servía de eficaz escudo por el momento, al menos mientras pudieran responder con las armas e impedir que el enemigo se les acercase.

Mientras, los Medios insistían en el avance y caían por docenas. Cuando el ímpetu de los hombres de la casta media de la Fortaleza empezó a dar muestras de debilidad, de pronto ocurrió una tremenda explosión en la entrada.

Las puertas se cuartearon, cayeron escombros de arriba y luego, como en acción retardada, las pesadas hojas de acero fueron desprendiéndose de sus sostenes, para terminar cayendo en el polvoriento suelo en medio de un gran fragor.

Amanecía y la luz del nuevo día inundó la boca de entrada. La nube de polvo formó un remolino. El fuego de las armas había cesado y de pronto fue como si se hubiera prendido otro fuego muy distinto, procedente del mismo infierno y con forma de rugiente avalancha que ascendía por la ladera.

Fueron decenas de caballos que al galope irrumpieron en la

Fortaleza, conducidos por jinetes adiestrados en el asalto, largas lanzas sostenidas con fuerza que empezaron a ensartar a los Superiores puestos en fuga.

Por un momento, Zabala y Kolwar temieron que, en medio de la confusión, los Medios, asustados, disparasen contra la caballería de Koremi.

Pero allí estaba Spencer, quien logró dominar a sus compañeros y comprendieron éstos que quienes acometían con tanto ímpetu a los odiados Superiores eran la prometida ayuda del exterior. Así, se limitaron a defender los túneles e impedir que nadie escapase por éstos. La lucha fue feroz, despiadada, pero los Superiores admitieron pronto su derrota y arrojaron las armas y se apresuraron a entregarse a los desconocidos soldados. Debieron pensar que con ellos no podían pasarlo peor que si terminaban cayendo en manos de la casta de los Medios.

Ante la visión de sus amos doblegados y humillados, los Medios pretendieron lincharlos, pero Morell dispuso una fila de soldados para contener el desbordado deseo de venganza.

Pierjel entró en la Fortaleza al mando de los civiles armados y se lamentó de no haber tenido tiempo de participar activamente en el combate, pero pronto lo olvidó todo y miró con aprensión las colosales dimensiones de la entrada al mítico lugar, siempre temido y prohibido para su pueblo.

Kolwar intentó poner un poco de orden, gritando hasta enronquecer. Una de sus primeras disposiciones fue que los prisioneros, apenas unos cincuenta Superiores atemorizados, fueran puestos en buen recaudo en el exterior.

—Debemos ocuparnos de los Sucios —recordó Zabala.

Aquel trabajo fue confiado a Spencer y Ranjal, quienes tuvieron que utilizar toda su persuasión para convencer a sus compañeros de que era una labor ineludible.

Sin embargo, Zabala eligió a Adrilt para que sacara de los serrallos a las mujeres.

—Aún quedan los niños —dijo el muchacho.

—¿Los niños? —repitió Zabala.

—Sí. Ellos son los destinados a convertirse algún día en Superiores, excepto los que demuestren escasa fortaleza física o mental, que acaban siendo Medios… o Sucios.

—¿Podrías ocuparte de sacar a esas desgraciadas, Adrilt?

—¡Desde luego! —afirmó con entusiasmo el joven.

Cuando se alejó, Kolwar dijo burlón a Zabala:

—Tienes un admirador, preciosa. Te mira como si fueras una diosa.

—¿Es que no lo soy para ti? —rió Zabala.

—Lo he olvidado. Hace tanto tiempo que no te tengo entre mis

brazos que no recuerdo cómo besas.

Vieron cómo casi todos los Medios, excepto los heridos, regresaban por los túneles a los niveles inferiores, a cumplir con la misión, nada agradable, de sacar de las profundidades a los Sucios.

El capitán al mando del escuadrón de caballería saltó de su caballo y entregó las riendas a un jinete. Caminó hasta Zabala y la saludó.

—Hola, capitán —sonrió la mujer, estrechando la mano—. La verdad es que no contábamos con su ayuda para el asalto final.

Juleriam, veterano jefe de la caballería de Koremi el Grande, emitió una sonrisa de satisfacción, que ante el asombro de Zabala se disipó rápidamente. Con gravedad, dijo:

—Señora, la situación en nuestro país es grave. Un emisario de Koremi nos alcanzó ayer. Traía orden del Maestro Leser de volver si no alcanzábamos hoy mismo los camiones. Durante toda la noche avanzamos a marchas forzadas, sin descanso.

La chica, alarmada, preguntó:

—¿Qué sucede?

El capitán se quitó el casco de combate y pasó un pañuelo sucio por su sudoroso rostro.

—Koremi ha muerto y el Maestro ha asumido el mando.

Zabala cerró los ojos y luchó por que las lágrimas no salieran de sus ojos. ¡Koremi muerto, el fundador de la patria había acabado sus días al fin, cuando aún la labor por hacer era enorme y las hordas salvajes del norte amenazaban la próspera comunidad! Y Leser, pensó, un hombre viejo y cansado de tanto leer en legajos antiguos, que había dedicado su vida entera a rescatar del polvo de la ignorancia la sabiduría de los hombres anteriores al Desastre, Leser obligado a tomar el mando, al menos de forma provisional, lo que menos podía gustar al antiguo novicio que vio frustrada su aspiración monacal por exigencia de Koremi. Pero Leser nunca recriminó a su señor haberle sacado del monasterio treinta años antes, tomado a su servicio y después convertirlo en su único hombre de confianza.

Se decía que Koremi había fundado la nación, pero Leser con su sabiduría la hizo sólida y respetada. ¡Leser ocupando el lugar de Koremi hasta que el Consejo decidiera quién debía suceder al llorado Jefe fallecido!

Zabala alejó los pesares y dijo con voz ronca:

—Juleriam, antes de tres días estaremos de vuelta en la capital, y nuestra presencia elevará los ánimos de la población. ¡Los enemigos se asustarán y huirán al ver lo que les aguarda en las playas!

El capitán la contempló, temiendo que la animosa mujer hubiera perdido la razón a causa de la noticia.

—¡Eso es imposible, Zabala! —exclamó—. Serían precisos diez días

al menos.

—Espera un momento, capitán —sonrió Kolwar.

Y Zabala anduvo unos pasos y señaló las turbias sombras de las máquinas de guerra alineadas en la oscuridad.

—Con ellas podemos reducir a tres días o menos el tiempo de regreso.

¡Cañones, tanques que fortificarán nuestras costas y las convertirán en inexpugnables!

Juleriam miró asombrado aquellas maravillas, y luego pudo admirarlas, cuando varios de los soldados encendieron antorchas y las acercaron a los primeros tanques llenos de polvo, pero aún nueva su pintura bajo la gruesa capa de grasa protectora.

—Esto me hace recordar que aún está vivo el Sublime Creon —dijo Kolwar.

Zabala pidió pólvora y un soldado se apresuró a llevarla. Formó un grupo formado por tres hombres, Ronco y Adrilt, quien mostró su deseo de ver al temido Creon en su redil, vencido y humillado.

Cuando iban a penetrar por el túnel que les llevaría más directamente a las estancias privadas del tirano, un tropel de Medios surgió de éste.

—¿Qué sucede? —gritó Zabala.

Apareció Spencer, llevando cargado sobre sus espaldas a Ranjal herido.

—Abajo nos enfrentamos a un resto de Superiores. Cuando los aniquilamos y seguimos bajando, notamos algo raro en el aire. Estábamos muy abajo y sólo entonces me percaté de lo que sucede. ¡Creon ha cortado el suministro de energía y las máquinas que depuran el aire se han detenido!

—¿Y los Sucios? —preguntó Kolwar.

—Han debido morir todos o no tardarán en asfixiarse.

Zabala observó a los Medios que regresaban, tosiendo y vacilantes, con las caras congestionadas. Allí no se podía notar la falta de aire porque por la puerta abierta entraba a raudales la limpia atmósfera de la sierra. Más abajo debía estar naciendo un infierno irrespirable.

—En el nivel donde está Creon aún debe haber aire suficiente —dijo Kolwar—. Si logramos poner en funcionamiento las máquinas podríamos salvar a esos desgraciados.

—¿Qué esperamos? —preguntó Zabala echando a caminar hacia el túnel.

Provisto de lámparas, el grupo se internó por el pasillo. Spencer no quiso quedarse al margen y después de dejar a Ranjal al cuidado de los hombres de Ko'Koor, se unió a los que marchaban con decisión.

Cuando Zabala le dijo el camino que ellos habían utilizado para llegar hasta el despacho de Creon resguardado por los cristales blindados, Spencer arrugó el ceño y aseguró que recordaba otro que les llevaría allí antes y saldrían precisamente detrás de la muralla defensiva.

Apenas hubieron bajado dos niveles cuando notaron la atmósfera cargada y empezaron a respirar con dificultad. Empezaron a dudar que pudieran llegar hasta su destino.

Spencer los condujo por un túnel estrecho y mal alumbrado. Más adelante encendieron las antorchas y las lámparas, al apagarse las luces.

—Seguramente han estado funcionando las reservas, una vez cortado el suministro —comentó Zabala en medio de jadeos.

Un soldado, agotado, quedó atrás y Kolwar ordenó a otro que lo sacase de allí.

El túnel se convirtió en una escalera de caracol que los llevó al inmediato nivel, en donde Spencer les indicó una puerta.

—Creo que el despacho de Creon está al otro lado.

—¿Cómo lo sabes?

—Hace mucho tiempo estuve aquí limpiando estos túneles con otros compañeros. Creímos entonces que debíamos seguir por ahí y un Superior nos echó a patadas, gritando que nos estaba prohibido entrar.

—Vamos —dijo Zabala, temiendo que las fuerzas le fallaran y tuvieran que sacarla a rastras.

Dos puertas cedieron fácilmente, pero la tercera fue preciso derribarla a golpes. Cruzaron por un dormitorio con una enorme cama circular, seguramente el de Creon.

Al otro lado irrumpieron directamente en el despacho. Pasaron ante unas consolas de mandos y los monitores de televisión, ahora todos apagados. Delante, la gran silla soportaba un cuerpo ladeado. El gran Creon parecía haber perdido el conocimiento. Cuando dieron la vuelta pisaron sobre un charco de sangre.

Capítulo X

CREON se estaba desangrando.

Sus gordos dedos habían dejado escapar la pistola con la que se había volado la tapa de los sesos. A su lado había un panel lleno de botones.

—Alguno de éstos debe devolver la energía —susurró Zabala. Los vio a través de un velo que a cada instante se hacía más denso.

Vaciló y sintió que los brazos de Kolwar le impedían caer. Con ella cargada, el muchacho miró los mandos.

—Este cerdo se ha suicidado después de condenar a muerte a los Sucios. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Cómo se enteró de que su imperio de superstición y miedo se había derrumbado?

Escuchó el cuerpo de un soldado caer pesadamente al suelo. El aire era ya irrespirable.

Kolwar dejó a Zabala apoyada sobre el cristal contra el que momentos antes habían disparado y echó otro vistazo a los controles, lleno de desesperación y seguro de que si no restablecía el aire ninguno de ellos iba a poder salir de aquel nivel donde la muerte se cernía pesadamente.

Los letreros de cada botón estaban borrados con el paso del tiempo o el mismo Creon los había hecho desaparecer para ser él únicamente quien tuviera los conocimientos.

Con rabia, Kolwar golpeó el cuerpo del tirano que fue resbalando del sillón y pareció rebotar al caer.

Aguzó la mirada, inútilmente. Luego pasó los dedos sobre las letras y notó el relieve de éstas. Con calma, repitió la operación y como lo hiciera un ciego fue leyendo con el tacto.

Creyó localizar el mando adecuado y apretó la clavija. Si se había equivocado y por el contrario algún dispositivo detonante ya estaba funcionando, no había tiempo para rectificar.

Sólo él estaba en pie y a rastras llegó hasta donde Zabala yacía, con los ojos cerrados. Despacio, Kolwar la besó en los ojos y poco después cayó sobre las rodillas de la muchacha.

* * *

El último en despertar fue Spencer, tal vez porque sus pulmones eran los

más débiles. Lo hizo en el exterior y tuvo que parpadear varias veces hasta acostumbrarse a la tibia luz del atardecer.

A su lado estaban Adrilt y Ranjal, con el brazo en cabestrillo. Ambos le sonrieron y el primero dijo:

—Hola, compañero. Bienvenido al mundo de los vivos.

Spencer contempló con arrobo las plantas, los árboles y la tierra sobre la que había estado tendido. A su alrededor existía una gran actividad. Se asustó al ver surgir de la entrada de la Fortaleza enormes máquinas pintadas de gris que avanzaban sobre unas anchas cadenas sin fin.

—Son tanques, Spencer —escuchó la voz de Zabala a sus espaldas.

Se volvió y miró a la mujer, hermosa y maravillosa, que les sonreía llena de satisfacción.

—Kolwar restableció la energía y cuando el aire volvió a llenar la Fortaleza bajaron en nuestra busca. Por suerte ninguno de nosotros padeció mal alguno.

—¿Y Creon?

Kolwar se les unió y dijo después de soltar una carcajada:

—Sigue siendo maldecido, pero ahora por los que están cavándole la fosa, enorme para él.

Seguían saliendo tanques, uno cada minuto. A veces, un camión cargado. Hombres entraban y salían. Los aldeanos trasladaban a las carretas sacos de grano, frutos y carne en conserva. El manjar de Creon y sus acólitos era devuelto a sus auténticos dueños, a quienes lo habían cultivado.

—Están llegando de todas las aldeas —dijo Zabala, señalando el cercano valle. A través de los bosques marchaban grupos de seres esperanzados—. Todos tendrán comida suficiente hasta que los cultivos sean recogidos. Desde ahora nadie dejará de comer lo que produzca.

Adrilt miró de soslayo a la mujer. Después de dudarlo bastante, se atrevió a preguntarle:

—¿Qué haréis ahora?

Zabala le sonrió. Consciente de la admiración que había despertado en el chico, dulcemente le dijo:

—Tenemos que volver a nuestras tierras. Nos llevamos las armas y los vehículos, pero os dejaremos todo lo demás, la comida y las medicinas. Además, un trabajo duro. Los Sucios, los que hemos podido salvar de la muerte por asfixia, quedarán a vuestro cuidado. Ellos aún pueden vivir decentemente hasta el fin de sus días. Confiamos en que no nos defraudéis, amigos. Algún día volveremos.

—¿Es cierto?

—Sí, ¿por qué no? Esta tierra lleva muchos años limpia, sin contaminación. Todo lo que decía Creon era falso, para manteneros

asustados y supeditados a sus caprichos. Las mujeres volverán a sus aldeas y tal vez lleguen a olvidar lo que fueron, lo que estuvieron obligadas a hacer.

La mujer tendió sus manos y apretó las de Adrilt. Luego hizo lo mismo con Spencer, Ranjal y Pierjel.

El hombretón de barba rubia apretó los labios y con esfuerzo logró decir, emocionado:

—No olvidaremos lo que habéis hecho por nosotros. Sé que hombres de otras tierras intentan apoderarse de las vuestras. Ojalá pudiéramos ir con vosotros para ayudaros.

—Gracias.

Zabala y Kolwar caminaron hasta el vehículo todo terreno que les esperaba, con Ronco al volante y Morell sentado atrás, junto a la flamante ametralladora de gran calibre apoyada sobre un trípode.

Más allá esperaba la larga columna de tanques, y camiones repletos de municiones y mercancías diversas. Y dentro de la Fortaleza quedaba mucho más, aparatos electrónicos, generadores eléctricos y miles de galones de gasolina. Todo aquello les esperaría, guardado para ellos por hombres de las aldeas liberadas.

Ronco hizo correr el vehículo hasta situarlo delante de la caravana.

Zabala se puso en pie y alzó el brazo izquierdo.

—Estás preciosa así, cariño —le susurró Kolwar, rodeándola por la cintura—. Pareces una diosa mitológica a punto de emprender una batalla.

Ella se volvió y le besó. Bajó el brazo y docenas de motores rugieron y todos los vehículos levantaron una gran polvareda al emprender la marcha. Detrás quedaron los caballos del regimiento. Juleriam no había estado muy conforme con aquella medida, pero terminó comprendiendo que regresar con los corceles a la capital aumentaría la demora. Además, eran precisos muchos hombres para manejar los tanques y camiones.

Aún la montaña donde estaba la Fortaleza no se había perdido de vista, cuando Kolwar preguntó:

—¿Quién será el jefe definitivo?

—Leser no dejará el mando mientras el peligro de invasión siga latente.

—¿Y luego?

—Oh, creo que cuando empiece a rebuscar entre las maravillas que le llevamos estará ansioso por dejar el cargo a otro. Al Maestro Leser sólo le interesa el estudio, y nosotros le llevamos material suficiente para poderse distraer hasta el fin de sus días.

Poco después pasaron cerca de Ko'Koor. Allí ya no había tristeza. Por el contrario, las mujeres, ancianos y niños que quedaron, mientras los hombres subían a la Fortaleza, salieron a la carretera y desde allí les

saludaron. Zabala descubrió entre la gente a las ancianas desterradas, ahora admitidas en el poblado. La noticia de comida en abundancia había obrado el milagro de hacer olvidar los absurdos tabúes.

Más allá se cruzaron con grupos de aldeanos procedentes de otros valles.

Cuando dejaron las tierras de Creon, Zabala se olvidó de todo y pensó en su país, en el Maestro Leser y en Koremi.

FIN